

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

OFRENDAS A SU SANTIDAD.

MADRID. Anónimo, 500 rs. en dinero; dos cupones del empréstito pontificio núm. 20,575 95 rs. cada uno y otros dos cupones del mismo empréstito núm. 49,586 de 9 rs. y 12.

SIN EXPRESION DE PUEBLO. Concede Señor por la intercesión de tu Santísima Madre al Soberano Pontífice grandeza de ánimo en sus tribulaciones, y á mi resignación para llevar las cruces que Su Majestad me envía.—C. M. L., 8 rs.

SAN SEBASTIAN. José Felipe Eztenage, 46 reales.

SOLSONA. Antonio Comellas, Presbítero, 42 rs. 50 cént.

VALDEPEÑAS. Un católico, 50 rs.—Consejo Hernandez, 50 rs.

PARTE EXTRANJERA.

El telégrafo nos ha transmitido ayer una noticia importante que reproducimos en otro lugar. Nos referimos á un telegrama que da cuenta de haberse esparcido en París el rumor de que Francia é Italia hacen grandes armamentos. Si el hecho se confirma, mucho habrá que temer que al fin el conflicto austro-prusiano se resuelva por medio de las armas y con una guerra colosal por el número y la calidad de los contendientes.

No es fácil, en verdad, augurar nada seguro con respecto á la cuestión que tan ocupada tiene á Europa desde hace más de un mes. Si por una parte se asegura que Napoleón desea la paz y la alianza con Austria, por otra los viajes de su primo por Italia, las conferencias con Víctor Manuel y con Lamarmora, la ida de algunos personajes italianos á París, y las recíprocas visitas de militares italianos á Berlín y de prusianos á Florencia, son indicios vehementes para sospechar que existe acuerdo entre los Gabinetes de Napoleón, Federico Guillermo y Víctor Manuel. Será cierto que están poniéndose en ejecución los planes convenidos en Biarritz entre el ministro prusiano y el Emperador de Francia, como en 1859 se ejecutaron los acuerdos de este mismo y Cavour en Plombières?

Los periódicos franceses aseguran que se hacen armamentos en Italia y que hay marchas y contra-marchas y reuniones de generales que no se explican satisfactoriamente. Por otra parte, Austria, en vista de la conducta de Prusia, que no ha revocado sus órdenes para hacer preparativos de guerra, continúa tomando todas las medidas necesarias para estar en actitud de defensa. En Viena se ha celebrado un consejo de generales, que ha acordado la concentración de grandes fuerzas en las fronteras del Norte. Otro consejo de la misma naturaleza ha debido celebrarse en Florencia; pero los órganos de aquel Gobierno dicen que los generales italianos se reúnen para tratar de erigir un monumento á Fanti.

Un diario francés hace notar con mucha oportunidad cuán inverosímil es suponer que mientras en Austria se reúnen los generales con un objeto puramente belicoso, los italianos se entretuviesen en discusiones artísticas. En contraposición á las declaraciones de los periódicos semi-oficiales de Florencia, cita el corresponsal florentino del *Diario de Barcelona* las palabras de Víctor Manuel á la aristocracia milanesa. El Rey dió un baile en obsequio de esta y manifestó su disgusto en hacer con tanta rapidez aquella visita á Milan por tener que apresurar su regreso á la capital de su reino, en donde era indispensable su presencia como también la de todos los ministros, por las graves cuestiones políticas de actualidad.

Durante la permanencia del Rey en Milan se notó la singular circunstancia de estar izada la bandera prusiana en el balcón del consulado general de aquella nación. Es el único cónsul que hizo aquella demostración.

A todo esto se agrega una declaración inadvertida ó intencionada del diario que recibe las inspiraciones de Lamarmora, el cual en uno de sus últimos números se expresa así:

«La firma de un tratado de alianza eventual entre Italia y Prusia es un hecho consumado que nadie pone en duda. Este hecho indica á Austria cuál es su punto vulnerable y lo que tiene que hacer para ponerse á cubierto del golpe que la amenaza y que acabará por alcanzarla. Aprovechese, pues, la caída del coronel Cuza para recibir los Principados danubianos en cambio del Véneto.»

Coinciden con el deseo que se manifiesta en este último punto las noticias siguientes que da un corresponsal:

«El conde Arce, que también ha desempeñado varias veces algún papel en las negociaciones entre Francia é Italia, tuvo el sábado último una entrevista con el Emperador Napoleón.

«Parece que por de pronto se guarda el trono vacante de los Principados danubianos como una compensación que se reserva para próximos acontecimientos. Las conferencias se van celebrando, pero en cierto modo vagamente y con el deseo poco recatado de no llegar pronto á resultados prácticos.

«El ex-ministro, señor Visconti-Venosta, ha sido nombrado embajador en Constantinopla. Lo más extraño es su itinerario, pues parte para Viena desde donde se dirigirá á Constantinopla por el Danubio. Alguna intención debe haber en ello sin duda. Si no va á ponerse en relaciones con Mr. Mensdorff-Pouilly á quien verá de paso, á lo menos verá al embajador de Francia. Parece que hay un proyecto de arreglo en que la Moldo-Valaquia representaría cierto papel por un lado, mientras el Véneto representaría otro papel.»

Entre tanto, las noticias de Austria aseguran que la guerra es allí muy popular, que si estallase sería una verdadera guerra nacional que no encontraría oposición alguna, fuese cualquiera el enemigo que hubiese que combatir. Los austriacos están muy cansados de continuas alarmas y de incesantes amenazas. Por otra parte, la paz les está costando muy cara y desean vivamente salir de una situación que es ya insostenible.

Por el contrario, Bismark se ha enagenado muchas simpatías con su actitud helicosa, y el paso que acaba de dar proponiendo á la Dieta la reunión de un Congreso constituyente de todos los Estados de la Confederación y elegido por sufragio universal, es una defección asombrosa que le reconcilia con el partido revolucionario y le aleja casi por completo de la gente de orden que veía en él al enemigo de la revolución. Así lo ha comprendido el diario francés *L'Opinion National*, que saluda el advenimiento de la democracia alemana en su precursor el conde de Bismark, ministro del Rey de Prusia.

Bien sea por su propia voluntad ó bien cediendo á convenios anteriores con soberanos extranjeros, es lo cierto que la conducta que sigue Bismark en la cuestión austro-prusiana, le coloca en una situación en extremo peligrosa.

A donde pueden llegar las consecuencias de la guerra si por fin estalla, es imposible calcularlo. Decíase que Rusia se disponía á favorecer á Prusia, pero es difícil creer que se preste á secundar los planes de Napoleón, si es cierto que este toma la parte que se le atribuye en la cuestión de las dos grandes potencias alemanas.

La Italia católica podrá no salir gananciosa en la guerra que se teme, pero casi se puede asegurar, sin temor de errar, que tampoco ganará nada la unidad de Italia.

NOTICIAS TRANSMITIDAS POR EL TELEGRAFO.

La Princesa Real de Prusia ha dado á luz una hija.

En la Bolsa de París hubo el día 12 gran pánico por haberse esparcido el rumor de que Francia é Italia hacían grandes armamentos.

En la reunión de diputados alemanes que se verificó en Carlsruhe, todos los partidos fueron favorables á la convocación de un Parlamento alemán.

Baviera, Saxe-Weimar y Baden, han aprobado la proposición de Prusia relativa á la reforma federal.

El 12 á última hora se vendió el 3 por 100 francés á 66.45, y el italiano á 53.20.

En la Bolsa de París se cotizaban ayer los fondos á los precios siguientes: Fondos franceses: el 3 por 100 á 66.40 y el 4 1/2 á 96.

Los fondos españoles no se han cotizado.

Los consolidados ingleses quedaron en Londres ayer de 86 1/4 á 3/8.

Un corresponsal de Berlín comunica la exposición de los motivos que ha tenido Prusia para dirigir á la Dieta la proposición citada.

Hé aquí el texto del documento, que ningún periódico alemán ha podido insertar hasta ahora:

«Hace muchos años que la opinión nacional y aun los Gobiernos alemanes reclaman una reforma federal con urgencia. Esta aspiración unánime hacía una obra radical, ha encontrado su última y considerable expresión en el Congreso de Soberanos que se celebró el año de 1865.

Es verdad que Prusia no pudo formar parte de él, pero, con vista de sus acuerdos, proclamó desde luego los principios en que había de basarse la reforma.

Desde esta época los sucesos políticos han venido á robustecer la creencia de Prusia y los argumentos en que se apoya para pedir la innovación solicitada á la Dieta.

Se ha establecido en la guerra contra Dinamarca que en sus instituciones actuales no permitían á la Confederación participar de la vitalidad y la acción de las dos grandes Potencias alemanas.

Si en aquellas circunstancias, por siempre memorables, y hallándose unidas Austria y Prusia, la

Confederación se vió reducida á la impotencia, ¿cómo es posible que obre ni intervenga con energía hallándose ambas naciones separadas por discordias civiles?

La constitución militar es la que exige una reforma más inmediata. Tal como hasta hoy se ha puesto en práctica, es insuficiente para que el Soberano vele por la seguridad de Alemania, y además es ineficaz para protegerla interior ni exteriormente en el caso de conflicto entre las dos grandes potencias.

Un hecho reciente, la apelación de la Prusia al artículo 11 del acta federal, como respuesta á la nota del 24 de Marzo, prueba con elocuencia suma que el día en que se vio por alguien amenazada no puede contar más que con sus propias fuerzas.

La Constitución federal, en una palabra, es un germen de graves peligros y de complicaciones sin fin á causa de la lentitud con que ha de procederse con arreglo á los artículos de que consta.

Por último, y además de las consideraciones políticas y militares, hay otras necesidades nacionales que no puede satisfacer la Constitución legítimamente.

Si nos preguntamos cuál es el medio más aceptable para llevar á cabo la reforma, forzoso es convenir que después de las lecciones de la experiencia, ni los tratados que hacen los Gobiernos con exclusión del pueblo, ni una Asamblea constituyente que escluya á su vez al Gobierno pueden resolver problema tan difícil. Para obtener buen éxito es indispensable la acción común de ambos elementos.

En cuanto á la futura Asamblea ó Congreso que haya de reunirse, Prusia permanece fiel á los principios que ha proclamado: rechaza un Parlamento donde sólo se sienten representantes de los diversos Estados, y propone unas Cortes Constituyentes convocadas sobre la base de elecciones generales y directas según la población de los países confederados.

El deseo de Prusia consiste en que desde hoy hasta el día que se fije próximamente para las elecciones, los Gobiernos acuerden los asuntos que han de someterse á la Asamblea.

Pero es menester antes de todo marcar el plazo en que habrá de reunirse, porque en la fijación de él está la garantía que por esta vez, al menos, las negociaciones no se perderán en lo infinito.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 14 DE ABRIL DE 1866.

LA CUESTION DE LA ENSEÑANZA

Y EL DISCURSO DEL SEÑOR MORENO NIETO.

Artículo tercero.

Consideremos por último los corolarios prácticos que deduce el Sr. Moreno Nieto de sus dos premisas contradictorias. Estas se reducen á decir: la primera, que la Iglesia «que ha venido al mundo para enseñar á los hombres la verdad religiosa, base de la verdad filosófica y social, debe tener la principal dirección de la pública enseñanza;» y la segunda, que «el espíritu humano, saliendo de las vías católicas, ha renovado la ciencia y la sociedad.» La contradicción es palmaria: de una parte la ciencia y la sociedad reconociendo por base á la verdad católica, y á la Iglesia por maestra y directora suprema de su enseñanza; y de otra la ciencia y la sociedad renovadas, es decir, establecidas sobre nuevas bases por el espíritu moderno que abandonó las vías de la Religión. De premisas tan contrarias, como la verdad y el error, el sí y el no, ¿qué otra conclusión podría sacar la lógica conciliadora del Sr. Moreno Nieto, sino una contradicción en los términos?

No es, pues, de maravillar el ver cómo deduce de la premisa católica que «el Gobierno, inspirándose en el deber que le corre por serlo de una nación católica, debe prohibir todo lo que directamente ataque ó se oponga á los dogmas del Cristianismo y á su moral santa: mas aún: que debe por medios suaves encaminar la enseñanza en el sentido que le indiquen las doctrinas cristianas;» y cómo inmediatamente después, volviendo los ojos á la premisa racionalista de la supuesta renovación de la ciencia y de la sociedad por el espíritu anticristiano de los tiempos modernos, saca la conclusión de que «la libertad (se trata de la enseñanza) es hoy la que puede pronunciarse el *Sursum corda*; que ella es la gran redentora y no hay fuera de ella sino «ignorancia y barbarie.» Estas dos conclusiones braman de verse juntas: enseñanza reprimida y enseñanza libre; enseñanza encaminada en el sentido de las doctrinas cristianas, y enseñanza que invoca como único principio de salud y de vida la libertad heterodoxa, son á la verdad cosas que no caben ni en los moldes creados por el Catolicismo ni tampoco en las cabezas racionalistas: esa doble conclusión es justamente condenada por la lógica de la verdad y por la lógica del error. Reservado estaba al doctrinarismo conciliador de lostiempos novisimos, entre cuyos representantes más ilustres no vacilamos en con-

tar al Sr. Morereno Nieto, reservado le estaba crear moldes nuevos donde pudieran vaciarse, merced á la prodigiosa virtud de una lógica inventada *ad hoc*, la represión y la libertad, la Iglesia y el espíritu moderno, la enseñanza del Redentor divino y la que el mundo está recibiendo de la gran redentora que le promete el señor Moreno Nieto.

Puesta de manifiesto la contradicción del señor Moreno Nieto consigo mismo, la razón exige que aceptemos la parte de conclusión que se deduce del principio católico, ó sea aquella parte en que expone el orador la necesidad de reprimir las enseñanzas contrarias al dogma y á la moral católicos; y neguemos simplemente la otra parte de la conclusión en que el Sr. Moreno Nieto, contradiciéndose *in terminis*, renueva la piedra en que antes puso el orden filosófico y social, sustituyéndola con el inmenso vacío de la libre reflexión y de la peregrina redención del mundo por la libertad. Véase cómo también nosotros somos ecléticos, pues elegimos la parte de verdad que hallamos en el razonamiento contradictorio del Sr. Moreno Nieto, y rechazamos la otra parte como falsa, heterodoxa y condenable; pero nuestro eclecticismo difiere esencialmente del racionalista y doctrinario que hoy se usa, el cual aprueba y procura conciliar aun las cosas más opuestas, procediendo sin principio alguno que le sirva de criterio, al paso que el nuestro, conociendo de antemano la verdad, demostrada por la razón y confirmada por la Iglesia, la reconoce donde quiera que está, ora brille en discursos consagrados á su gloria, ora se halle cautiva en la injusticia, ó digamos prendida con lazos de error, y oscurecida de sombras, sufriendo el horrible martirio á que la condenan los ecléticos doctrinarios de la escuela filosófico-liberal-católica que tan brillantemente, y por lo mismo de un modo tan triste para sí y tan funesto para los demás, representa el Sr. Moreno Nieto.

No nos cabe duda que la libertad que este orador glorifica hasta el extremo de apellidarla redentora, es la libertad del error, gozando en la enseñanza particularmente, de los mismos fueros que la libertad de enseñar la verdad. El mundo, pues, se salvará según esta doctrina, (pues que la redención es la salud), el día que reine en las sociedades esta diosa, hija de la diosa razón, si ya no es la misma razón adorada por diosa. De seguro la nueva redención obrada por la libertad, no será á modo de la antigua: en esta última el Redentor Divino padeció y murió por el mundo; en aquella por el contrario el mundo padece y muere por la humana libertadora. Desde lo alto de la cruz nos pide Dios para salvarnos que riámos la razón á la fe, las pasiones á la voluntad, la voluntad á la razón; desde la tribuna y á menudo desde el poder que tan bien sabe escalar, pidenos la nueva redentora, que sacrificuemos la fe en aras de la razón y la razón ó la voluntad en aras del deleite material. Los revolucionarios franceses, ministros fieles de la diosa razón, madre de la diosa libertad que venía á redimir al mundo, mostraron con harta claridad el rigor lógico de sus ideas, representándola en forma de prostituta, y colocándola á la nueva redentora en los tabernáculos del Dios vivo.

Estamos persuadidos que el Sr. Moreno Nieto, se horrorizará de tamaños escándalos: su lógica no llega hasta un punto donde no le permiten ir su noble corazón y su clara inteligencia. Pero es lo cierto, que si la libertad fuese la redentora del hombre, de seguro debería ser adorada como diosa. Sólo Dios puede redimir al hombre del error, del vicio, del mal, de la esclavitud y del infortunio. ¿Qué redención puede esperar el mundo de la libertad, de un ser caído y miserable, de la libertad inclinada y debilitada del hombre? Ninguna. Esta libertad, que es la nuestra, puede ser redimida no redentora; puede ser libertad de su cautiverio, no ser libertadora de sí misma; puede ser vivificada, fortalecida é iluminada por un sol divino de verdad y de justicia, no puede vivificar, fortalecer ni iluminar al mundo siendo ella enteramente flaca y víctima de la ignominia del error.

Por dicha nuestra lo que pudo ser, fué: la obra de la redención divina difundió por el mundo tesoros de luz, de amor, de salud, de verdadera libertad. El Redentor de los hombres envió su Iglesia con la misión de enseñar á los hombres la verdad religiosa, base de la verdad filosófica y social, y los Gobiernos de los pueblos católicos, inspirándose en su deseo hicieron por impedir todo ataque contra los dogmas y moral del Cristianismo porque la enseñanza no salió de las vías cristianas. Hé aquí los frutos de la obra aun. En ella fué salvada la libertad del hombre, rotas las cadenas de la servidumbre en que gemía abandonada á sí misma, á sus propias fuerzas, débiles é inclinadas. Sin

duda el Sr. Moreno Nieto acepta con gratitud y proclama con elocuencia esta bella obra. Más cuando, olvidado del objeto de su voluble entusiasmo, deja la Iglesia por el espíritu moderno, y quita al Cristianismo su cetro para ponerlo en manos de la libertad erigida en reina, en diosa, en redentora, ¿qué otra cosa hace sino recoger tristemente en su espíritu y trasladar á sus palabras la idolatría del moderno racionalismo que hace del hombre un Dios, deificando por consiguiente su razón y su libertad, y oponiendo sus pensamientos, sus palabras y sus obras á las obras, pensamientos y palabras de la redención verdadera? Y es evidente la influencia, ó mejor dicho, el predominio que alcanzan las pasiones, singularmente las codicias de la carne en la obra puramente humana, hija de la libertad redentora; ¿á qué se reduce saludar esta redención sino á rendir inadvertidamente homenaje al idolo que adora la revolución francesa? Medítelo bien el noble orador.

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

Discutida anteayer la totalidad del proyecto sobre imprenta, en la primera hora de la sesión de ayer principió la discusión por artículos.

Habiase presentado una enmienda al primero escrita por el Sr. Nocedal, firmada por él en primer término y luego por seis diputados más entre católico-monárquicos y moderados, que estaban conformes con el pensamiento de la referida enmienda. Nada tiene esto de particular porque esos mismos señores habían votado la ley del señor Nocedal en 1857, ó la habían apoyado después en una ú otra forma. Lo irregular, lo inconsecuente, hubiera sido haber apoyado entonces la ley del Sr. Nocedal para desecharla ahora, que es lo que acontece á muchos individuos de la mayoría al frente de los cuales campea el señor Posada Herrera.

Esperábase que el Sr. Nocedal apoyara la enmienda que había presentado; pero tanto por sus ocupaciones del foro, como por no dar lugar á que se creyera que convertía en asunto de amor propio lo que solo es de principios, declinó esta honra en el Sr. Herreros, ilustre individuo de la minoría católica y diputado por Toledo.

Tiene el Sr. Herreros un talento eminentemente práctico, que abarca las cuestiones no solo en su conjunto, sino en sus más minuciosos pormenores. Expone con claridad, y argumenta con solidez. Su concurso, pues, á la obra de la minoría católico-monárquica es de suma importancia, sobre todo, en negocios que exigen aplicación inmediata de las doctrinas á los hechos.

Desde su punto de vista analítico y con su privilegiado talento de observación hizo ayer el Sr. Herreros un discurso que fué escuchado con mucho gusto por el Congreso, porque á las cualidades mencionadas agrega el elocuente diputado por Toledo una frase suelta, fácil y correcta y un dominio tal sobre su palabra, que nunca se excede de los límites que la voluntad le traza de antemano.

Por lo demás, la enmienda del Sr. Nocedal es la previa censura: nosotros al menos en este sentido la votamos: la enmienda tal como está redactada, es algo más que la ley, porque es la previa censura encomendada sobre asuntos que atañen á la Religión y moral, á la autoridad eclesiástica. Esto es lo firme, esto lo justo, esto lo seguro en materias de libertad de imprenta. Se dirá que no es lo constitucional. Acerca de esto habría muchísimo que decir, porque un artículo de la Constitución debe armonizarse con otros, y sobre todo, con aquellos que son fundamentales, como lo es el relativo á la unidad católica en España; pero en la hipótesis de que así no fuese, lo que hay que hacer es poner las leyes civiles en consonancia con la justicia, no hacer esclava la justicia de las disposiciones de los hombres.

Ayer llamó el Sr. Perez de Molina con mucha razón la atención del Gobierno acerca de las casas de juego que gozan de cierta impunidad en la corte. Con este motivo citó lo que se ha puesto en práctica en Tudela siendo alcalde el señor Sanchez Aso para extinguir vicio de tan funestas consecuencias. El señor presidente no permitió al Sr. Sanchez responder con la extensión debida á la alusión; pero en pocas y bien dichas frases nos reveló que todo su secreto consistía en haber querido ejecutar las leyes.

Ciertamente que leyes, y buenas, en muchas cosas, no faltan en España: lo que falta es voluntad de guardarlas y hacerlas guardar.

El elocuente discurso del Sr. Herreros, que en otro lugar publicamos, está tomado del *Diario de las Sesiones*.

Ya sabemos el objeto de la salida del puerto

de Cádiz de la fragata *Navas de Tolosa*, de cuyo suceso dimos ayer cuenta a nuestros lectores. Como había corrido en aquella ciudad la noticia de que *La Ville de Málaga* había visto en el cabo de San Vicente un buque sospechoso que se suponía el *Huascar*, salió aquella fragata a explorar, y ha vuelto sin dato alguno que confirme el dicho de la tripulación del buque francés.

Parece que el Banco de España ha empezado a cambiar todos los billetes que con este fin se le presentan.

No es, pues, extraño que mientras los fondos del Estado bajen considerablemente, suban mucho las acciones de aquel establecimiento, como sucedió en la Bolsa ayer tarde.

Lo raro en este negocio es que el Banco que hasta ahora andaba tan mal para pagar sus billetes, cubra hoy sus obligaciones con esa exactitud. Esto, cuando menos hace sospechar que el Banco podía hacerlo antes y que sin embargo no lo hacía, lo cual en su caso constituye un cargo gravísimo contra el Gobierno que no cuidó de que aquel establecimiento de crédito cumplierse sus compromisos con el público.

Solo existe un partido político entre los muchos en que el liberalismo ha dividido a los españoles; y entre los periódicos de ese partido solo existe uno capaz de escribir hoy las líneas siguientes:

«Habló el Sr. Herreros para... y para concluir expresando que el camino que S. S. señalaba era el que iba más recto y suavemente a su fin. ¿A qué fin, Sr. Herreros? ¿Al asesinato de la libertad de imprenta? Concedido; pero no diga S. S. que va suavemente, porque esto es casi un chiste sangriento.»

Hay aquí un chiste, en efecto, que consiste en que sin nombrar nosotros el partido a que aludimos, todo el mundo comprende que es la Unión liberal, y sin descubrir el periódico a que hacemos referencia no hay nadie que ignore que tanto desenfado no cabe más que en las columnas de....

Concluya el lector la frase.

Ayer, por fin, explicó el Sr. Calonge en el Senado la proposición que tenía presentada hace veinticuatro días, para que se trajesen a la alta Cámara algunos documentos relativos al movimiento militar del 5 de Enero último, recordando con este motivo, la sangrienta y sañuda oposición que el año pasado, por esta misma época, se hizo al partido moderado, el cual protestó en todas las formas contra una conducta que interrumpía la buena gobernación del Estado.

El partido moderado no quería imitar la conducta de sus adversarios, y por esta razón, sin duda, hacia lo mismo que ellos tratando de que se abriese una solemne información de aquellos sucesos, a la cual pudieran servir de base los documentos que se pedían.

El Gobierno no ha querido acceder a los deseos del Sr. Calonge, según manifestó el duque de Tetuan, por impedirle los deberes de ministro y los intereses del país; y porque si esto sucediese, no podría gobernarse en adelante esta nación. No se nos alcanzan en verdad estos inconvenientes, a los tres meses de vencida una insurrección, y sobre todo, con el sistema de publicidad vigente que viene a derramar la luz sobre todas las cuestiones; pero si los hay, también debía de haberlos el año pasado cuando los vicalvaristas explotaron a su gusto los acontecimientos del 10 de Abril.

El general O'Donnell declaró, con este motivo, que deseaba para los hombres que reemplacen a este ministerio la suerte que tuvo de aislar en diez y siete días a dos regimientos insurreccionados, y de evitar que el movimiento se propagase y nadie se les uniera en las 150 leguas que recorrieron. Tampoco vemos nosotros el mérito que puede resultar para el Gobierno, de que los pueblos, hartos ya y desengañados de trastornos y revueltas políticas, viesen pasar con indiferencia una sedición militar que, en último resultado, sólo significaba, como las más, la ambición de unos cuantos hombres de corazón. ¿Quién impidió a los pueblos unirse a los rebeldes, si lo hubieran deseado?

Para demostrar el duque de Tetuan la imposibilidad de prevenir semejantes trastornos, trazó la desconsoladora historia de las conspiraciones y desventuras, unas abortadas y otras no, que hemos presenciado de treinta años a esta parte; durante el mando de los moderados, lo cual, si algo prueba, es que los Gobiernos liberales, sean del partido que fueren, son realmente impotentes para estirpar las revueltas políticas.

Por último, manifestó el general O'Donnell que el Gobierno cree tener en su mano los medios necesarios para reprimir instantáneamente cualquier intento de sublevación, si es verdad que no se ha desistido por los perturbadores del orden público de sus planes trastornadores.

En vista de lo manifestado por el duque de Tetuan, retiró el Sr. Calonge su proposición, con lo que terminó el debate, en que terciaron, por creerse aludidos, los señores Alvarez y Duque de Valencia.

Dice La Reforma:

«Leemos en EL PENSAMIENTO ESPAÑOL: «No hay publicista que deje de reconocer que la libertad de imprenta es el alma de los Gobiernos liberales. Puede suprimirse la tribuna, puede desaparecer la división del poder; pero si subsiste la libertad de imprimir y publicar las ideas sin previa censura, subsiste fuerte y vigoroso el liberalismo.»

Con mejores modos nos hablaría Cicerón. Bueno es que los reaccionarios vayan rindiéndose a la evidencia.

Sin prensa libre, no hay libertad posible; convenido.

Con tan mala lógica no discurriría bien ni el mismo Aristóteles. No es malo que los liberales pongan al alcance del más zote sus sofismas.

Cambiando los términos de una proposición no es difícil atribuir a un Padre de la Iglesia una herejía: no es necesario demostrarlo.

Sin prensa libre no hay liberalismo posible. Convenido. Pero convengamos en que no hay libertad posible con liberalismo.

Decía el ministro de la Gobernación en la sesión del Congreso del 11 de este mes:

«Demos completa libertad a las ideas, a las cuestiones científicas.»

En este sentido, señores, he dicho en cierta ocasión que yo quería que todas las cuestiones se resolviesen por el criterio de la libertad; pero no es exacto que yo hablara de todas las cuestiones, hasta de las religiosas; de intento dije: las políticas, económicas y sociales; y callé las religiosas por temor a la interpretación del vulgo, no porque no quisiera ese mismo criterio bien entendido para ellas. Pues qué, si hubiere en España judíos moriscos, ¿los volveréis a arrojar del país como se hizo en otras ocasiones? Yo estoy seguro de que no.

Pero como no hay en España judíos, ni moriscos; como fueron felizmente expulsados; como gracias al espíritu que presidió a su expulsión tenemos la inmensa dicha de la unidad religiosa; como la religión católica es la única de la nación española, el criterio de la libertad para las cuestiones religiosas es el criterio luterano.

«Estamos, Sr. Posada Herrera?»

Pues ya verá Vd. cómo para las cuestiones meramente políticas, por ejemplo las ministeriales, se aplica el criterio del cabo de escudera, y para las cuestiones religiosas el criterio liberal.

Para algo ha de servir la religión al liberalismo.

La *Gaceta* publica hoy el Real decreto nombrando capitán general de Cuba al general Lersundi. Ya ven nuestros lectores cuán plenamente se han confirmado nuestras noticias.

Desde el punto de vista elevado de nuestros principios, nosotros no podemos hacer un cargo al Gobierno por servirse para el mando más importante de Ultramar de los talentos, de la energía y del acendrado patriotismo de tan bizarro general; ni tampoco reprochar a este por haber aceptado ese puesto si a Cuba lleva las ideas y sentimientos que son necesarios para que aquella isla no perezca.

Desde el punto de vista liberal, ya es otra cosa. El general Lersundi era el probable futuro presidente del Consejo de ministros; aceptando el puesto que ahora le confiere la Unión liberal, deja perdido, o poco menos, al partido moderado. Esto no lo perdonan los partidos liberales. Por eso el general Lersundi es hoy objeto de sus iras y lo es con esa justicia relativa de la razón de los partidos; por eso es un *resellado* más. La manera de acallar estos gritos es que el general Lersundi vuelva de Cuba para presidir un Gabinete moderado o que se lleve a todos los moderados empleados a Cuba.

Hoy hemos recibido el correo de Filipinas, y según vemos por los diarios de Manila no ocurría novedad importante en aquel Archipiélago. La falta de espacio nos impide ocuparnos en el contenido de dichos periódicos.

REFLEXIONES

sobre el proyecto de ley para el establecimiento del Banco Nacional. (I)

ARTÍCULO I.

La sociedad es una gran familia; quien no toma parte en sus desgracias no merece ser individuo de ella. Soy español y la sociedad española se encuentra en un gran conflicto; nadie extraño, pues, que tome parte en él, ni moteje mi falta de tino, si no acierto a señalar la causa, si no apunto el remedio. La cuestión de que se trata por complicada es oscura, y miopía—lo confieso—mi vista estadística ó económica; pero atendida la gravedad del conflicto, el patriotismo exige que los buenos españoles espongamos con sencillez é ingenuidad lo que la reflexión y experiencia les dicten, siquiera sea para excitar a los más entendidos a ilustrar un asunto que interesa al honor y bienestar de la España entera. Ya se comprenderá que aludo a la crisis monetaria en que nos hallamos, y a los medios que el Gobierno acaba de proponer a las Cámaras para salvarla, en el proyecto de ley de 4 del que rige.

Triste es a fe el cuadro bosquejado en la parte expositiva de ese proyecto, pero mas triste aun no poder convencer a su autor de falsedad, de exageración siquiera. «Inmovilizada una gran parte de los capitales que antes se dedicaban a operaciones de Banca, y al movimiento de los negocios.... se sienta de una manera peyorosa la escasez de numerario.... El síntoma más grave de la crisis es el desnivel de los cambios.... El desnivel entre la producción y el consumo.... es hoy mayor que en tiempos anteriores.... Los cambios con el extranjero.... se han hecho hoy en extremo desfavorables.... El mal por tanto es grave, y urgente y sin espera la necesidad de remedios....» Por último, el Banco de España está colocado en tal situación, «que hoy le es difícil si no imposible celebrar nuevos contratos para la adquisición de pastas y seguir satisfaciendo las necesidades de la circulación.... El Gobierno no encuentra dentro

(1) Damos principio a la publicación de esta serie de artículos acerca de la cuestión más importante que hoy se ventila en las regiones políticas, en la confianza de que nuestros lectores verán con gusto tratada esta materia, aunque por cuenta propia del autor, con una claridad, un conocimiento de causa y un patriotismo dignos de los mayores elogios.

del país elementos suficientes para dominar una crisis tan prolongada, que haría necesario en un breve plazo, declarar el curso forzoso de los billetes ó apelar a su recogida y a la consiguiente liquidación del Banco, soluciones ambas en extremo desastrosas que darían por resultado la ruina del comercio y la paralización del trabajo.»

He aquí la situación actual de España, pintada con sus propios colores en esos pocos rasgos que he tomado del proyecto en su parte citada: cuadro desgarrador que lacera el corazón español; que lo desgarrar; porque el pueblo que enriqueció a Fenicios y Cartagineses, a Romanos y a Godos, a Bárbaros y a Arabes; que derramó sus tesoros sobre Italia y Alemania, sin haber ocurrido para todo eso, sino a la abundancia y fertilidad de su suelo, a la fuerza de su brazo, y al poder de su ingenio; ese pueblo, digo, quiere que se abra la tierra bajo sus pies y lo trague, antes que presentarse demandando un socorro como pordiosero al dintel de puertas extrañas.

Pero es el caso, que según el señor ministro de Hacienda ya no hay en España elementos suficientes para dominar la situación; y así como comencé confesando la verdad de lo adictivo de esta, no tengo embarazo en confesar también que es cierta esa carencia, esa falta de elementos de salvación en el lenguaje financiero; es decir, en el de un ministro de Hacienda; pero no puedo convenir que tal desgracia quepa en las ideas, en las concepciones de un ministro español, porque saber y sentir debe que España si se la llama, si de buena fe se la habla y dirige, está dispuesta a sacrificarse por su Dios, por su honor y por su Rey; y por tales objetos no hay privaciones ni sacrificios que no afronte. Bueno es, no obstante, moderar las voces del patriotismo sublevadas a la presencia de ese proyecto, cuya virtud consiste en sustancia en entregarnos de pronto en cuerpo y alma al extranjero, en cambio de esperanzas de realización eventual y dudosas, bueno es examinarlo solo estadística y económicamente.

Propónese, pues, que se autorice a Mister Lewis H. Harlewood, de Londres, por sí, y en representación de otras casas inglesas para establecer en Madrid un Banco de emisión y descuento, con el título de Banco Nacional Español, con el capital nominal de ciento veinte millones ochenta mil escudos; representado por sesenta y tres mil acciones, cada una de doscientos escudos cada una nominal; a emitirse con el desembolso de pronto del 50 por 100, y el resto por dividendos anunciados con anticipación de sesenta días por lo menos.—La duración es de treinta años desde la fecha de su constitución, que ha de verificarse dentro de tres meses a contar desde el día en que sea decretada.—La emisión y circulación de sus billetes al portador, pagaderos a su presentación, podrá ser por una suma triple a la de su capital efectivo, teniendo siempre en caja moneda acuñada ó barras de oro y plata, cuyo valor ascienda a una tercera parte al menos del importe de los billetes en circulación.—Los billetes no serán menores de cuatro escudos, ni excederán de cuatrocientos; y circularán en todo el reino, a cuyo efecto el Banco establecerá sucursales en las capitales de provincia.

Eso en cuanto a la constitución económica del Banco nacional español; mas para apreciar toda su importancia, necesitamos ver además su objeto y sus medios.

El Banco se ocupará en descontar, girar, prestar, llevar cuentas corrientes, ejecutar cobranzas, recibir depósitos, contratar con el Gobierno y sus dependencias. Las operaciones de préstamos y descuentos no excederán del plazo de noventa días: sin embargo, el Banco podrá hacer préstamos a más largo plazo al Tesoro y a las compañías ó empresas de obras públicas legalmente constituidas, sin que la suma de estos préstamos exceda del capital efectivo del Banco, a lo ser que la garantía consistiese en valores públicos negociables, y se estipule la obligación de poder ser reducido el plazo a noventa días, contados desde el día en que lo acuerde el consejo de administración del Banco.—Abrirá un crédito al Tesoro de cuarenta millones de escudos, reembolsables a los diez años, y con interés máximo de cinco por ciento anual, garantizado con igual suma de pagarés de compradores de bienes nacionales de largos vencimientos.—Canjeará a los accionistas del Banco de España y de las provincias acciones efectivas de ellos por acciones del Banco nacional que representen el mismo desembolso, y cuyos Bancos se encuentren en condiciones perfectamente legales, y podrá asumir algunos de ellos con la aprobación del Gobierno.—Finalmente, «la mitad al menos de los individuos del consejo de administración del Banco nacional, habrán de ser españoles.»

Esa desamortización ha llevado consigo el desarrollo de construcciones urbanas, y no hay duda que esto en lo pronto, lo mismo que las colosales empresas de vastas compañías, dieron un gran impulso al consumo, por la abundancia y bienestar que el aumento de trabajo produjo; pero como ese impulso no se detiene con igual facilidad que la abundancia de que fuera efecto, resulta que se gasta hoy, no en proporción a lo que se adquiere hoy, sino a lo que se ganaba ayer; es decir, se pide y consume más de lo que se produce y se puede dar: segunda causa del desnivel entre la importación y la exportación.

Haberse llevado al Tesoro mayores sumas que las que había disponibles en nuestros centros mercantiles, es, según el ministerio, otra de las causas del desnivel, y si así es—calificación difícil para quien no cuente con infinidad de datos oficiales, privados y públicos—está claro que el Gobierno ha gastado más de lo que debía.

Los capitales extranjeros introducidos de 1856 a 1853, viendo el mal efecto de los caminos de hierro en que principalmente se emplearon, cesaron, dice el Gobierno, de inmigrar; pero hemos quedado con el cargo del pago de sus intereses; pues yo digo que no sólo se suspendió la inmigración de caudales extranjeros, sino que se retiraron además la mayor parte de los que vinieron trasladándose oportunamente a manos de nacionales; así al numerario que sale por los intereses hay que agregar la extracción de esos capitales pagados y por pagar. Quiere eso decir que se compró España un traje cómodo y precioso (pues por tal debe considerarse la vía férrea en una nación); pero del un

valor superior a sus recursos, y hoy es necesario que lo pague al mercader, aun a costa de lo más preciso.

Es debido también el desnivel a la falta de población y al atraso de nuestra agricultura é industria. Pues si España consume más de lo que es capaz de producir, España gasta y consume más de lo que tiene, y por consiguiente más de lo que debe.

En fin: España gasta y consume más de lo que tiene y más de lo que debe: 1.º porque «está colocada en los mercados extranjeros una gran parte de nuestra deuda interior», por lo cual, aunque el cupón se pague en Madrid, «su importe emigra en el momento de ser satisfecho; y 2.º porque los intereses y amortización de las obligaciones y acciones de las compañías, salen también al extranjero en virtud de que «por lo general están en manos de extranjeros» las tales acciones y obligaciones: prueba evidente de que esos establecimientos ó las conveniencias que producen son superiores a las fuerzas de España, que no los recibiría ó trasladaría al extranjero si supiera contentarse con lo que tiene en sí misma solamente.

Rubor me causan tales reflexiones; más el deseo de evitar, si es posible, para lo sucesivo los males que con ellas se hacen patentes, me ha dado fuerza para estamparlas. Porque en efecto, mientras gastemos más de lo que tenemos, es decir, mientras la importación exceda a la exportación, ¿puede dejar de reproducirse el mal que hoy padecemos? Supongamos establecido el Banco nacional: tenemos ya trescientos y tantos millones de escudos en circulación; pero no olvidemos que esos escudos son *libras esterlinas*! y que han de volver con las setenas al país de que proceden, como las aves de tránsito después de gozar las delicias del otoño, se vuelven al lugar de su procedencia al asomo del primer soplo del helado invierno.

Los efectos pueden ocultarse por algún tiempo; pero estinguirse nunca, mientras la causa que los produce exista. He aquí por qué me persuado a que el establecimiento de ese Banco modificaría de pronto los dolores que nos aquejan, pero no los extinguiría, y antes bien haría que con mayor intensidad volvieran después a atormentarnos hasta causar quizás nuestra muerte. Sé que los pueblos no mueren, pero su libertad y su autonomía pueden dejar de existir muy fácilmente.

¿Cuáles son las causas de la crisis que atravesamos? El órgano del gobierno nos lo dice: la inmovilidad de capitales es causada «por efecto de la masa de bienes nacionales sacada al mercado, y por el desarrollo de las construcciones urbanas, y por consecuencia de las últimas emisiones que llevaron al Tesoro quizás mayores sumas de las que había disponibles en nuestros centros mercantiles: el desnivel de los cambios procede, entre otras causas, del sensible desequilibrio en que están la importación y la exportación.—El dinero emigra de España porque tiene que pagar deudas, contraídas, porque no cambiamos productos por productos, y porque siendo mayor la importación que la exportación, y no permitiendo la gran depreciación de nuestros valores públicos é industriales «hacer un uso conveniente del crédito, nos vemos precisados a saldar en metálico las diferencias.—Otra de las causas es que acostumbrados al bienestar que produjo el desarrollo del trabajo, a consecuencia de las vastas empresas acometidas por los capitales extranjeros de 1856 a 1853, suspendida la importación de esos capitales—dice el señor ministro—nos hemos quedado con «los hábitos de consumos que se habían desarrollado en medio de la abundancia, y la carga de los intereses de esos mismos capitales invertidos en ferro-carriles.—El desnivel entre la producción y el consumo, es debido también a la falta de población y al atraso relativo de nuestra agricultura y nuestra industria.—Los cambios con el exterior son hoy en extremo desfavorables, principalmente por la obligación que tenemos de pagar en París y Londres ocho millones y medio de escudos cada año por el cupón de la deuda exterior: por la circunstancia de hallarse colocada en los mercados extranjeros una gran parte de nuestra deuda interior, de modo que aunque el cupón se pague en Madrid, su importe emigra en el momento de ser satisfecho; por la necesidad de pagar los intereses y amortización de las acciones y obligaciones de las compañías que, por lo general, están en manos de extranjeros: por la depreciación que desde hace tiempo vienen sufriendo los billetes de la mayor parte de nuestros Bancos; y finalmente, por el ceto que el mismo desnivel de los cambios ofrece a la extracción del numerario.»

Todo eso me parece que puede encerrarse en esta fórmula: «España ha gastado y consume más de lo que tiene.» Esa es la causa legítima y verdadera de la crisis.

La verdad de esa proposición la descubre el menos avisado en las frases todas del ministerio que acabo de transcribir. Una gran masa de bienes raíces que pocas manos llamadas *muertras* poseían han pasado a manos vivas; pero las manos vivas han llevado por ellos al Tesoro los capitales que poseían; esos capitales, pues, han faltado a la circulación porque han faltado al comercio y a las artes nacionales, para ir a proteger la empleomanía, la cual los ha trocado por artículos del extranjero: primera causa del desnivel entre la importación y la exportación.

Pero si el pensamiento del Gobierno, nos dice el Sr. Alonso Martínez, mereciese la aprobación de las Cortes, no es dudoso que desaparecerá en breve la tristísima desproporción que hoy existe entre los valores fiduciarios y la moneda circulante; que se habrán nivelado los cambios con el exterior, y habrá mejorado el crédito; salvándose así innumerables fortunas particulares, y muchas compañías amenazadas hoy de segura ruina.—Triste desengaño cuando parece que teníamos derecho a esperar que las promesas del Gobierno para hacer aceptable un proyecto de salvatage al paladar patriótico, augurasen una cura radical, formal, completa del mal para cuyo remedio se exhivie, mal que tan bien conocido y estudiado tiene ese mismo Gobierno como lo acredita la parte expositiva del proyecto; salimos con que no se puede contar con otra cosa sino con un resultado igual, aunque por tiempo y extensión mayores, al que se lograba por el Banco de España en Madrid y en algunas provincias; con la adqui-

sición de pastas del extranjero, porque el Banco de España, no hay duda, ha conseguido, aunque por poco tiempo, si no hacer desaparecer, moderar la desproporción entre los valores fiduciarios y la moneda circulante, y nivelar algo el cambio en el exterior. Pero, ¿cómo es que esos buenos efectos no han sido permanentes y duraderos? Aquí llamo la atención de mis compatriotas; no ha sido porque las pastas que adquirió fueran menos valiosas que los ciento y tantos millones de escudos que ahora se nos ofrecen, ni porque su circulación cubriera menos déficits que los que estos podrán cubrir; nada de eso; sino porque dejando en pie la causa del desnivel y del déficit, progresiva siempre y creciente la causa, su efecto asoma apenas se ha evaporado la acción pasagera del remedio.

Las pastas levantaron el valor de los billetes en circulación un 5 por 100, por ejemplo, y por un mes acaso: los escudos, digo mal, las libras esterlinas los levantaron hasta su nivel si se quiere, y por uno, por dos, por diez años; pero las libras esterlinas han de volver a su suelo nativo, porque no renuncian su nacionalidad, y con ellas todos los intereses que sus dueños habrán tenido muy bien cuidado de sacar, y de asegurar tan luego como las acciones tengan una buena prima; y entonces falta del puntal el edificio mercantil bamboleará de nuevo con amenaza de nuevos estragos.

Que así ha sucedido lo hemos visto ya y nos lo confirma el Sr. Alonso Martínez, oído: «Los costosos sacrificios que ha hecho el Banco de España—durante esta prolongada crisis a fin de traer pastas del extranjero, sólo han servido para ganar tiempo, pues por lo demás teniendo que hacer el reembolso de los préstamos a corto plazo y pagando por ello un interés muy crecido, no consigue otra cosa en rigor, que alimentar la especulación fundada en la extracción del metálico, aumentar el desnivel de los cambios, y agravar por consiguiente el malestar general.» Y esto ¿por qué? lo he dicho y no cesaré de repetirlo, porque no puede faltar aquella verdad: *no cesando la causa, no puede cesar el efecto*; y ni las providencias del Banco trayendo pastas del extranjero; ni el empeño y protección del Gobierno limitando el cambio de billetes con atropello de la fé pública, y hasta las declaraciones de la autoridad judicial; ni cuanto se invente y discurre bastará para quitar el efecto, si no se estirpa la causa: la desproporción, el desnivel entre la exportación y la importación, que de día en día aumenta a medida que crecen las conquistas del lujo y del bienestar que debilitan los cuerpos para el trabajo; y de la empleomanía que tantas inteligencias y brazos arrebatada a la agricultura y a las artes.

Por eso quise comenzar este artículo examinando, como lo hice, las causas de nuestra crisis a juicio del Gobierno que es quien mejor instruido debe estar de ellas, y ya hemos visto que se reducen a una sola: *España ha gastado y consume más de lo que tiene.* ¿Y cómo ocurre a esta causa el proyecto del Banco nacional? También lo hemos visto ya haciendo en mayor escala las operaciones todas que el Banco de España y los de las provincias han hecho y practicado hasta aquí. Y de que lo hecho y practicado hasta aquí se haga en mayor escala, razón de inferir que se ataca, se estirpa de raíz la causa del mal? He aquí la cuestión formal y verdadera, el blanco sobre el cual debemos fijar todas nuestras miradas, y que será el asunto del siguiente artículo.

JOSÉ DE LA CUESTA.

Se ha dispuesto de Real orden que mientras no se ulimen y publiquen los escalones de los empleados activos y cesantes del ramo de Correos, se suspenda la provision de las vacantes que ocurran.

—Ayer tarde vino de Aranjuez a visitar a SS. MM. el infante D. Sebastian.

—Parece que el Sr. Moyano insiste en pedir el contrato que ha mediado para el anticipo de los 15 millones de francos. Muévelo a ello el deseo de que se aclare ó se desmienta si en efecto además de la garantía de los billetes hipotecarios, han recibido pagados del Tesoro los prestamistas que son en número de unos veinte.

—Ayer se firmaron por S. M. varios Reales decretos del ministerio de Gracia y Justicia. Por ellos se proveen los dos obispos vacantes de Orense y Guadix, se cubren dos de las tres plazas vacantes del Tribunal Supremo de Justicia y una presidencia de sala.

—Un diario progresista de las provincias afirma, y *Las Novedades* reproduce la noticia, que por el ministerio se ha pedido a los gobernadores con urgencia, lista nominal de cuantos formaban los comités progresistas y democráticos.

—La comisión general de presupuestos celebró anoche su primera reunión, y en ella el señor Moyano manifestó que no tomaría parte en sus trabajos por hallarse decidido a hacer un voto particular radical que la comisión no aceptaría.

—Después aprobó la comisión el presupuesto del ministerio de Fomento.

—El Pueblo de anoche y *La Democracia* y *La Iberia* de hoy han sido denunciados.

—Dice *La Patria* que los oficiales comprometidos en la sedición del general Prim, que condujo a Manila el vapor *Lersundi*, no quedarán en aquella capital sino que serán destinados a Sainboatan, capital de Mindanao, la isla más importante de las Filipinas cerca de Luzon.

CÓRTESES.

SENADO.

Extracto de la sesión celebrada el día 15 de Abril de 1866.

A las dos abrió la sesión el señor duque de la Torre, y fué aprobada el acta de la anterior.

Entróse en la orden del día y dióse lectura a la proposición del Sr. Calonge sobre la última sublevación militar.

El Sr. CALONGE dijo en su apoyo: que la proposición era hija de un acuerdo de todos los señores moderados, y por consiguiente que la responsabilidad no era del orador, sino del partido moderado, añadiendo que al presentarla había tenido en cuenta el tiempo trascurrido desde el día en que el orador dirigió varias preguntas al Gobierno sobre aquellos sucesos, sin obtener contestación, y la necesidad de que el país pudiera conocer cuanto no conoce relativamente a los acontecimientos del 5 de Enero.

El orador hizo un recuerdo de lo que la oposi-

ción atacó al Gabinete anterior á consecuencia de los sucesos del 10 de Abril, pretendiendo probar que el partido moderado había sido ahora más generoso y más circunspecto que entonces lo fué el partido que hoy gobierna con aquel Gabinete.

Declaró que si la proposición la presentó, fué porque en vano esperó 21 días siquiera una contestación cortés á sus preguntas, y porque ante un silencio que creía hijo de un menosprecio político no podía dejar de acudir á las facultades que el reglamento daba á los senadores para lograr arrancar al Gobierno del silencio en que se había encerrado renegando de sus principios de discusión amplia en todo y para todo.

Manifestó que en su concepto los sucesos ocurridos en 5 de Enero no fueron prevenidos cual deberían serlo, ni se hizo por el Gobierno lo que estaba obligado á hacer, y para probarlo esperaba que el Gobierno enviase los datos oficiales puesto que ya habían pasado los días en que se pudo creer que ofrecía peligro esta discusión.

Y terminó rogando al Gobierno que diera las explicaciones que tuviera por conveniente, y al Senado que declarase con su voto si su proposición era ó no admisible.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS se levantó á contestar al Sr. Calonge, comenzando por asegurarle que creía mal si creyó que el Gobierno había querido faltar á la cortesía que acostumbra con los señores senadores. El orador recordó que cuando supo los deseos del señor Calonge, manifestó que le contestaría cuando pasasen las festividades de la Pascua, y que á ello estaba dispuesto, si bien no había dado grande importancia á la cuestión.

En cuanto á los documentos que el Sr. Calonge quería se llevasen al Senado dijo que no creía conveniente, y tenía la persuasión de que nadie lo creería, el someterlos al exámen público de las Cámaras, porque entre ellos existen comunicaciones de indoles reservadas y de esas que los Gobiernos no pueden ni deben exhibir.

Esta opinión suya era la opinión de todos los hombres de Gobierno, y lo probaba el que jamás se había presentado á las Cortes una petición semejante á la que hacía en su proposición el señor Calonge, la cual no comprendía cómo podía ser el resultado de un acuerdo del partido moderado.

Respecto á la insurrección declaró que él deseaba para bien de la patria, que siempre que ocurriera un acontecimiento parecido pudiera lograr el Gobierno de S. M. lo que había logrado el actual, que fué aislar los dos regimientos sediciosos mandados por un general al que no podía negarse que tenía un nombre militar, y conseguir que en ningún punto le secundasen, y esto con medidas ordinarias y con escasas víctimas.

Recordó al Sr. Calonge que era más fácil atacar á un Gobierno suponiéndole incapaz de evitar un movimiento revolucionario que el evitarlo, y le recordó como ejemplo las diferentes revoluciones intentadas y reprimidas durante el mando del partido moderado, pero no evitadas.

Dijo que el Gobierno había obrado en los momentos de la última sedición como debió obrar, y que hoy mismo, que no faltan personas en Madrid que se ocupen en tratar de subvertir el orden, el Gobierno no podía proceder de otro modo que como procedía, es decir, sabiéndolo, y no apoderándose de ellas porque el hacerlo sería arbitrario.

Declaró que era una versión, sólo digna del vulgo, la de suponer que las columnas que perseguían al marques de los Castillejos no le dieron alcance porque no quisieron, porque esta suposición sólo podía hacerse por quienes ignoraban que el marques de los Castillejos no llevaba dirección fija y solamente huía en vez de tener el valor de hacer frente y morir en la demanda.

Trajo á la memoria las penas que se habían impuesto á los sublevados ó cómplices, para recordar que se le había motejado de cruel porque no accedió á que se le indultase á un desgraciado capitán, y declaró que si resistió y hasta llegó á decir á S. M. que no eraposable el indulto, fué porque á ello le obligaba su posición, y ante sus obligaciones no cederá nunca, por más que el cumplirlas le destruya su corazón.

Negó que cuando estaba en la oposición hubiera atacado al Gobierno del duque de Valencia por los sucesos del 10 de Abril, como había supuesto el Sr. Calonge, y recordó que sus palabras estaban consignadas en el *Diario*.

Dijo que sus palabras de entonces respecto á la Guardia civil también constaban, y que desde el poder había practicado lo que desde la oposición manifestara, como lo probaba la acordada del Tribunal Supremo de Guerra y Marina.

Y terminó diciendo al Senado que no aprobaba la proposición, para no sentar tan fatal precedente, contrario á los buenos principios de Gobierno.

El Sr. CALONGE rectificó, comenzando por declarar que él no había pedido las causas formadas por los sucesos del 5 de Enero, y por consiguiente, que si en esto se paraba el señor duque de Tetuan, no debía tener inconveniente en enviar los otros documentos, documentos que pedía para poder formular fundadamente sus cargos, y no hacerlo como otros lo hacían en la oposición.

Manifestó que después de las declaraciones del señor presidente del Consejo, creía peligroso é inconveniente para la gobernación del país el llevar al Senado aquellos documentos; á él como hombre de orden, sólo le tocaba bajar la cabeza, pero dudando que el señor duque de Tetuan hiciera otro tanto desde la oposición.

Expuso el fundamento que le movía á pedir los antecedentes que pedía, y que no era otro que el aclarar si el Gobierno había practicado todo lo necesario para evitar los sucesos del 5 de Enero, lo cual él ignoraba.

Felicitó al señor duque de Tetuan por la manera digna y conveniente como había terminado el expediente relativo á la conducta de la Guardia civil veterana, de la que se habló en términos duros por amigos tan celosos como imprudentes del gobierno.

(El Sr. D. Cirilo Alvarez pidió la palabra.)

Y terminó declarando que ante las manifestaciones del señor presidente del Consejo de ministros que no era conveniente entrar en este debate, él, interpretando, según creía, las intenciones de sus amigos políticos, retiraba su proposición.

El señor duque de VALENCIA habló para una

alusión personal, lamentando que el gabinete actual aludiera continuamente al gabinete pasado, negando que el ministerio que tuvo la honra de presidir en 1848 procediera con esceso después de vencida la revolución, como lo probaba el recuerdo de las escasas víctimas de entonces y la completa amnistía dada después, y mas aun la completa aprobación de las Cortes á todos aquellos actos.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS rectificó, asegurando al señor duque de Valencia que al hablar de la conducta del Gobierno en 1848 después de haber vencido la revolución, lo hizo como de un hecho histórico, sin criticar los castigos que se impusieron á los revolucionarios.

El Sr. ALVAREZ (D. Cirilo) se hizo cargo de las palabras del Sr. Calonge sobre la conducta de la Guardia civil, para declarar que él estaba en su puesto, ahora como antes, para discutir la acordada del tribunal Supremo respecto á aquella conducta, y que siempre que se provocase la discusión la aceptaría.

Sin más debate quedó retirada la proposición. El Sr. PRESIDENTE anunció que para la primera sesión se avisaría á domicilio, y se levantó la de hoy.

Eran las cuatro.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RÍOS Y ROSAS.

Extracto de la sesión celebrada el día 13 de Abril de 1866.

Abierta á las dos cuarto se leyó y aprobó el acta de la sesión anterior.

ORDEN DEL DIA.

Imprenta.

Se dió cuenta de la siguiente enmienda suscrita por el Sr. Nocedal, y

El Sr. HERREROS: Señores diputados: si la enmienda que acaba de leerse hubiera entrado en turno en cualquiera de los días anteriores, habría tenido necesidad de explicar la sorpresa que hubiera causado el que fuera yo el que la apoyara; pero desde ayer, por lo menos, es bien notorio que no había de hacerlo mi querido é ilustre amigo el Sr. Nocedal, primer firmante, autor y redactor de la misma; y era esto notorio, porque lo es también el género de ocupación que en estos días más principalmente lleva al Sr. Nocedal á otro sitio á ejercitar un órgano de que padece mucho, la garganta. Era bien notorio que el Sr. Nocedal no se hallaba en disposición por este mismo de pronunciar un nuevo discurso sobre la libertad de imprenta, cuando tantos y tan brillantes tiene pronunciados sin éxito hasta ahora, aunque con la esperanza de que llegue un día en que su doctrina prevalezca.

Ha caído, pues, sobre mí la carga de apoyar esta enmienda, y tengo el deseo de molestar poco al Congreso, no reproduciendo argumentos ya hechos sino en cuanto sea preciso para no dejar completamente sin apoyo y sin defensa esta enmienda que hemos suscrito con el Sr. Nocedal otros varios, sin que en esto haya habido nada de lo que fuera de aquí ha podido decirse de concesiones, ni de reuniones, ni de compromisos de ninguna clase.

La enmienda ha sido redactada, como ya he indicado, por el Sr. Nocedal, escrita de su puño y letra, y firmada por algunos inmediatamente que de ella tuvieron noticia y por otros con mucha espontaneidad, pero sin ningún género de compromiso, como acabo de manifestar. Y no es que yo con esto intente vindicar para el Sr. Nocedal ni para los demás que hemos firmado la enmienda la paternidad definitiva de ella.

El Sr. Nocedal desde este mismo sitio, y no ha mucho tiempo anunció ya el sistema y pensamiento que esta enmienda encierra; sistema y pensamiento que con relación á la libertad de imprenta venía rigiendo en España, aun antes de que S. S. lo formulara como lo hizo en la ley que ha llevado su nombre, y que aun le lleva todavía, aunque ya mezclado con el del Sr. Cánovas, que la ha reformado en parte.

Hay otro motivo importante también y determinante acaso para que el Sr. Nocedal no apoye esta enmienda, y consiste en que apoyando su proposición y proyecto de ley no há muchos días, referente á la incompatibilidad absoluta del cargo de diputado con el de funcionario público, decía que los señores diputados no dejarán de votar con libertad por cuestión de amor propio; y á este motivo anterior ha venido en cierta manera á dar robustez y mayor ensanche la respetable opinión de la comisión de este proyecto de reforma de la ley de imprenta, que por los lábios del Sr. Carballo decía en el primer día de estos debates, que las leyes de imprenta eran leyes todas de amor propio. Desde el punto de vista, como ahora se dice, de donde miraba el proyecto de ley de que se trata, el Sr. Carballo decía (no obstante ocupar un asiento tan dignamente en el banco de la comisión) que todas las leyes de imprenta son malas, y que todas son hijas del resentimiento del amor propio de quienes las traen aquí. Esta especie de censura previa sobre la ley de imprenta era ya un obstáculo para que apoyara la enmienda el Sr. Nocedal, si no quería exponerse á que se dijera que lo sostenía por amor propio, ó por amor de padre. He tomado pues este cargo yo que no soy su padre, ni le tengo amor de tal, aunque le tengo el amor del convencimiento y voté la ley que lleva el nombre del Sr. Nocedal, sin que me cuidaran con S. S. en aquel tiempo las intimas y cordialísimas relaciones que hoy nos unen, ni fuera yo entonces empleado público, ni dependiente de su autoridad.

La voté, como he dicho, con el convencimiento de que era buena, y quizá, como algunos amigos míos, entonces funcionarios y dependientes de aquel Gobierno, que hoy no opinan de la misma manera, pareciéndose acaso blanda ó escasa. Por eso pues era natural, aparte de esas otras consideraciones á que ya me he referido, que yo me encargara de apoyar esta enmienda, por más que hubiera primero la sorpresa y después el disgusto para los señores diputados de que no sea el señor Nocedal quien les dirija su elocuente voz con la brillantez con que lo hace siempre.

Aun sin esta obligación, quizá ayer me hubiera yo sentido estimulado á defender la enmienda al oír al Sr. Posada decir que no sería extraño, ó que sería regular que surgiera oposición al proyecto de ley que se discute aun por parte de los anti-

liberales. Porque, decía S. S., cuando estas cuestiones se traen al debate, por hacer la oposición la hacen aun aquellos que están animados de sentimientos enteramente conformes, si no más exagerados que los firmantes de la enmienda. Y á este propósito, no sé si dirigiéndose á nosotros ó á algunas otras personas, nos hablaba el Sr. Posada Herrera del dicho célebre de un agrónomo, á quien no nombró sin duda S. S. por lo que tiene de homónimo con su propio apellido y el apellido del señor diputado, mi amigo, á quien á la sazón contestaba el señor ministro de la Gobernación.

Era el dicho célebre del agrónomo Herrera relativo al cuento de los garbanzos. Y nos decía S. S.: hay aquí una especie de necesidad en las gentes de hablar de la prensa, y por esto es muy ocasionado á la disputa el traer aquí un proyecto de ley de imprenta, dando S. S. á entender, yo al menos así lo comprendí, que aun aquellos que no son aficionados á la imprenta ó que no tienen con ella grandes deberes ni gratitudes, se muestran aquí celosos defensores de la imprenta, trayéndonos también por entonces á la memoria aquel otro dicho célebre del no menos célebre sucesor de los campos de Montiel, y como si diera á entender que los que no ponemos ni quitamos Rey, que los que no quitamos ni ponemos Gobiernos, que los que no nos preocupamos de nada de eso, ayudáramos al Señor ó ayudáramos al Señor, que era la prensa.

Todo esto decía yo, hubiese sido bastante estímulo para que yo me levantara á decir al Sr. Posada Herrera: la vna plantada junto al camino: el garbanzal á que S. S. se refería, está libre por mi parte de que tome ni el racimo ni el fruto, y libre está también de que las observaciones que he de dirigir al Gobierno y á la comisión tengan aire de oposición ni sean un servicio prestado á ningún Señor.

El Señor á quien yo creo prestar un servicio en esta ocasión está representado por esos augustos objetos que el Gobierno de S. M. se propone resguardar y defender, y también otro, no menos alto, el de la justicia y la consecuencia. Porque á la verdad no creo que haya quien entienda, meditando un poco, que pueda llevar la tendencia de oposición á un Gobierno que viene á apretar los tornillos, como decía el Sr. Posada Herrera otro día, á aumentar las precauciones contra los abusos de la prensa, el que se levante aquí un diputado á recordar al Gobierno que no tiene necesidad ni de apretar tornillos ni de inventar una nueva máquina, sino de usar aquella que ya usó, que ya le es conocida y familiar, que la empleó por espacio de cinco años, con la que gobernó á su satisfacción; sin que tenga que hacer nuevos ensayos, y mucho menos ensayos que se resienten de cierta crueldad, cuando por otra parte esos ensayos no ofrecen seguridad en los resultados. ¿Qué vienen pues á proponer al Gobierno los firmantes de esta enmienda? A los señores diputados que no hayan tenido la curiosidad de confrontar nuestra enmienda con la ley, les habrá parecido que traemos aquí una cosa nueva, les habrá parecido que hay rigorismo en las palabras con que la presentamos, y con las que no hemos podido menos de encabezarla para que fuera la expresión de nuestro pensamiento.

Se ha llamado enmienda, porque no hay otro medio, porque no hay otro nombre que darle para que según el Reglamento tuviera cabida; pero en realidad no es enmienda, es un memento, es un recuerdo, es una reproducción acomodada, traída á una parte de esta ley desde otra parte en que está; para ponerla aquí donde nosotros la queremos hallar por si se hubiese olvidado.

No hay una palabra mas, ni aun siquiera creo que una coma en lo que nosotros proponemos, que lo que contiene ya la ley en sus arts. 4.º, 5.º y 6.º. Hay si la variación de que lo proponemos en un solo artículo; para adaptarlo allí donde principia á tratarse de los periódicos. Lo que hay es menos que la ley contiene: eso es verdad. La ley vigente contiene un privilegio, una excepción de su regla general; nosotros, neos y todo lo que se nos dice, nos levantamos contra los privilegios, y buscamos y defendemos la igualdad.

En efecto, de lo que nosotros proponemos á lo que la ley contiene hay esa diferencia que he indicado. En el art. 4.º de la ley actual, en que está la primera parte de lo que proponemos, hay un segundo extremo, un apartado que dice: «esto no se entiende con los periódicos.» Y qué es, señores, lo que no se entiende con los periódicos? Pues es nada menos que lo que se entiende con los sabios, con los hombres ilustres, con los pensadores sensatos, con todas las personas, en fin, que usan, que ponen en ejercicio el derecho constitucional de emitir sus ideas por medio del libro, por medio del folleto y hasta de la hoja. Y se dice: pues todo eso, todas esas precauciones que la sociedad por medio del Gobierno toma contra los que en el ejercicio del derecho constitucional pueden abusar y comprometerla, eso es bueno, eso está bien para las obras pensadas; pero hay que relegarlo cuando se trata de las hechas á la ligera, sin pensar, ó con mala intención.

La ley, que es la del Sr. Nocedal, dice: todo impreso deberá ser sometido á una inspección previa, la cual tendrá lugar por medio de la entrega de un ejemplar á las autoridades ó funcionarios públicos á quienes esta inspección se ha encomendado; y ha de verificarse esta entrega del ejemplar precisamente por lo menos dos horas antes de la en que principie á circular el impreso. Esta, señores, es la base de lo que ha dado aquí en llamarse sistema preventivo, que contiene la ley del Sr. Nocedal, he dicho mal, la ley vigente de imprenta. Ese es el art. 5.º.

El 4.º dice: al autor de todo impreso ó de cualquier impreso entregado de esta manera puede hacerse entender que su impreso no puede circular, no conviene que circule, y en este caso el autor del impreso usa de su derecho, que consiste en someterse á la denuncia que de su impreso se puede hacer si se empeña en que se publique, ó renunciar á su publicación y circulación, evitando la denuncia. Este es el sistema de la ley vigente: este es el sistema práctico aplicado hoy á todos los impresos con excepción de los periódicos.

Y aquí ocurre naturalmente preguntar: así vigente la ley, tal como se halla después de la reforma que tuvo en el año de 1864, el escritor de comedias, el escritor de novelas, el escritor de libros, el escritor de la memoria, de la revista, de

la hoja, ¿está sujeto á esa inspección previa, que ha dado en llamarse malamente *précia recogida*? Está. Pues entonces, señores, tenemos descartados completamente los argumentos que se hacen contra este sistema del modo de gobernar en materias de imprenta. Es el principal el que se saca del artículo 2.º de la Constitución: aquel artículo que se ha por aquí recordado mucho estos días, que dice que todo español tiene el derecho de emitir libremente sus ideas sin previa censura y con arreglo á las leyes. Ese artículo de la Constitución no ha estorbado ni estorba que el libro, que la revista, que la comedia, que la novela se sujeten á la previa inspección de la autoridad: ¡y qué digo previa inspección! La novela y la comedia están sujetas expresamente á la *précia censura*, sin que yo, claro es, lo considere mal de ningún modo, al contrario, lo aplaudo, y me parece perfectamente.

Pero seamos lógicos: también me parece á mí, deberá parecerme con doble razón, con muchísima razón, que igual inspección se ejerza con los periódicos. Pero es que se ejerce, y de una manera cruel, viniendo á incurrir en otro extremo de consecuencia, que engendra, que mantiene la ley actual de imprenta. Pues ¿qué ha pasado con la ley, qué motivo ha habido para que comprendiendo ella en su origen, en la primera época de su vida, que fué desde 1857 hasta 1864, todos los impresos, desde 1864 no haya comprendido al periódico? Señores: lo que ha exigido eso, ó lo exigió en su día, hubo de ser según por entonces se decía, algún compromiso contraído con la oposición ó con periódicos que desde esa situación habían venido á ser ministeriales. Yo recuerdo, no sé si me será enteramente lícito, creo que sí, porque de otra manera no lo haría, entiendo pues que me será enteramente lícito decir cómo recuerdo que por aquellos tiempos en que se trataba de la reforma de la ley del Sr. Nocedal, por los medios que propuso á las Cortes y estas aprobaron el Sr. Cánovas, ministro entonces de la Gobernación, se nos decía, aunque no en público: «no hay remedio; es preciso hacer algo en la ley de imprenta; pero algo que no la desvirtúe (de esto me ocuparé luego), algo que deje en pie el pensamiento robusto y vigoroso, algo que permita ejercer la previa inspección, y hasta si es necesario, la recogida, pero sin decirlo.»

Hubo momentos en que el Sr. Nocedal y yo con otros poquitos amigos, porque siempre da esa casualidad que seamos poquitos, aunque bien avenidos, creímos que podíamos votar favorablemente el proyecto de ley del Sr. Cánovas, porque realmente y en conciencia creíamos que el principio se salvaba, aunque en la forma hubiera de contentarse á otras gentes que lo habían exigido, quizá para ser devotas de aquel ministerio de unión liberal á medias (que no sé que otro nombre mejor le daría el que tan bien sabe dárseles mi amigo el Sr. Herrera), á aquella Unión liberal ó lo que fuera del ministerio Mon-Cánovas.

Pero ello es la verdad que se estableció en lugar de la recogida el secuestro, quedando por supuesto la previa suspensión, que es por lo que me ha de dispensar el Congreso que sea tan terco en sostener que no está bien denominado el punto ó la cosa.

Por eso yo me pregunto: cuando aquí se dice «la ley del Sr. Nocedal y el sistema del Sr. Nocedal», ¿es la ley ó el sistema de la previa recogida? No. Es el sistema de la previa inspección; puede ser y era antes sistema de recogida por resultados; pero hoy es desgraciadamente sistema de secuestro y de presidio; y nosotros, hoy como antes lo que creemos bueno es la inspección previa, y esa queda en la ley, esa en la ley está; mas también queremos que en lugar de llevar al escritor periodista, ya que se le conceda un privilegio, por privilegiado á presidio, se esté en su casa, evitándole no solo el presidio sino la causa criminal, y el auto de prisión, y las costas y todo. ¿Y cómo se le evita? Nos preguntarán. Conservando la ley del Sr. Nocedal como ella era, dejándole al escritor la facultad de optar por si propio y de que hechas consigo mismo las reflexiones convenientes entre dejar el escrito sin publicidad ó someterle á los tribunales, resuelva según su discreción le dictara.

Yo, señores, no soy en nada entendido; pero si lo fuera algo en esta materia, ese algo sería práctico; y cuando llego á este punto me gusta ponerme en los casos y presentarlos como ellos son, como tienen que ser y como pueden ser; y entonces me pregunto á mí mismo, dudando acertar: ¿hay razón para la existencia de ese privilegio, de esa excepción de la inspección previa y sus resultados respecto de los periódicos? No la hay, señores. Yo me figuro escribiendo una comedia ó un drama á nuestro querido compañero el Sr. Lopez de Ayala, con toda la reflexión, con todo el talento, con todas las grandes cualidades que le distinguen como autor dramático, como gran poeta; que dedica un día y otro día, y borra y vuelve á escribir, y después que ha hecho un trabajo así meditado, le consulta, le lleva á sus amigos, se le lee á otros, y cuando ya después de tres ó cuatro meses ó lo que fuere, el tiempo que según su gran capacidad hubiese invertido en su obra, se decide á imprimirla ó á publicarla, tiene que someterla al juicio del censor, que será todo lo que se dice ahora cuando se trata del fiscal ó del juez que ven los periódicos denunciados ó antes de denunciarlos, y para mí será siempre y desde luego persona dignísima, pero con sus pasiones, y aquel censor le prohíbe que se publique su obra.

Pero el mismo Sr. Lopez de Ayala, en una noche de mal humor, en una noche en que ha tenido un disgusto con una persona, ó con una autoridad, ó con el Gobierno, ó en que le ha ocurrido una cosa desagradable, escribe quizás con lápiz en un café ó en una tertulia, sin más meditación que la inspiración del momento, escribe un suelto horripilante, de esos que desagradan tanto y con razón al Sr. Posada Herrera, un suelto que puede ser (yo no lo creo del Sr. Lopez de Ayala) uno de esos que se copian en los periódicos de Chile y del Perú, diciendo por bajo: españoles pintados por sí mismos, de que tan bien nos hablaba el Sr. Posada Herrera. Pues eso escrito así, como lleva las formas y el destino de un periódico, está perfectamente, no hay para qué examinarlo, ni para qué decirle al autor de ese suelto ó de ese artículo que se ha distraído, que vea bien lo que ha hecho, que hay un gran peligro en que aquello se publique, y sobre todo, que le va á traer á él mismo un

gravísimo daño; no, eso que corra. Quiero suponer que el artículo ó suelto sea político. ¿Y si es moral? ¿Y si es un cuento para la gaceta? ¡Ah! Si es un cuento serio y escrito en muchas páginas, y se llama novela, entonces es menester someterlo á la censura; entonces pasa por el crisol de la moralidad, confiado al funcionario público dotado por el Estado con Real nombramiento para ejercer el cargo.

Mas si es un suelto corto, un cuento corto, aun cuando fuere de aquellos que sacan el color á las mejillas al que los lee, no obstante que tenga colombres de oír y leer cosas de esas que sacan los colores á la cara, como quiera que va á una gaceta ó á un folletín, ó á otra parte del periódico, no necesita previa censura, eso si que tiene la publicidad inmediata de 5 ó 6,000 ejemplares que van entrando por las casas. Dios sabe cómo, unas veces por las puertas y otras por otra parte, para que lo lean toda clase de personas; pero, ¿qué importa? Es periódico. ¿Para qué la previa inspección? ¿Para qué detenerle, ni cómo emplear la recogida?

Señores: yo no me explico, al hacerme á mí mismo esta observación, por qué se dice: previa inspección á la obra, á la novela, á la comedia; nada de la inspección en este sentido de poder impedir que corra cuando sea periódico. ¿Y por qué? Porque el periódico es, ¿qué? ¿Un español? Aquí es preciso que reflexionemos; cuando se trata de la libertad que debe tener todo español para publicar sus ideas, se invoca el artículo de la Constitución que comete este derecho á los españoles y á cada uno de los españoles; pero cuando se trata del periódico, señores, es preciso tener en cuenta que no es ningún español, que es un anónimo, un anónimo, ó si se quiere un seudónimo, ó unas cuantas personas que han dado en ponerse un nombre que no es el de bautismo, y fíjarle á la cabeza de un papel que se llama periódico porque sale periódicamente: ¿Y es eso un español, vuelvo á decir? No; no necesita yo detenerme á probar esto.

El periódico que se titula *A ó B*, aunque se llame *El Español*, no es un ciudadano español; conveengamos en que es una empresa de varios individuos que pueden ser hasta ingleses. ¿No se les ocurre á los señores diputados al haber oído este supuesto, la posibilidad de que hoy ó mañana tengamos un periódico inglés? Pues este periódico inglés, este señor inglés, va á estar protegido por el privilegio á título del derecho constitucional de España, y no se le concede al Sr. Ayala tan verdaderamente español ese derecho, cuando como decía yo antes cuando se ocupa de escribir una cosa seria, y muy pensada y nada inglesa.

Pues, señores, alguna convicción me parece á mí que debe llevar al ánimo del legislador ese conocimiento de que no se vulnera en nada el derecho constitucional cuando se somete á previa inspección el escrito periódico, no ya solo porque ese sistema se emplea en los demás casos con los escritos no periódicos de todos los españoles, sino porque puede no ser verdaderamente un periódico español, y puede ser hasta un periódico inglés en España el que goce de tal privilegio contra la igualdad y contra la razón.

Pues de este modo práctico hemos de pasar a ver qué se hace con el sistema vigente hoy en virtud de la reforma introducida en la ley en tiempo del Sr. Cánovas del Castillo, y de lo que también se ha de hacer de hoy en adelante cuando llegue á ser ley, como no tengo duda que llegará á ser el proyecto presentado por el Gobierno á la discusión de los cuerpos colegisladores. Será, señores, una de dos cosas: ó la misma que se censura aquí y que se reprocha, ó otra peor, peor en el sentido de los que llaman malo á la recogida del periódico por parte del escritor cuando la previa inspección le anuncia que una cosa es perniciosa y tiene que retirarla ó exponerse á ser denunciado.

Señores: en esto me parece también que la práctica será la que nos enseñe si es verdad lo que yo digo ó no lo es. El sistema vigente hoy, el que no se varía con el proyecto que se discute, porque este proyecto no viene á variar el sistema, sino á apretar los tornillos, como decía el Sr. Posada Herrera, es decir, á hacer más dura la ley en la parte del castigo, conserva la previa inspección. El artículo de la ley que obliga á presentar á la autoridad determinada el periódico para que sea visto y examinado dos horas antes de que circule, este artículo está vigente, y á este artículo no alcanza la excepción contenida en otro de la misma ley. La excepción que contiene este otro artículo no es de que se lleven los periódicos á la inspección previa, sino que en lugar de la posible recogida voluntaria para el periódico le somete á forzoso secuestro, á no ser que voluntariamente se haga por el interesado del secuestro la recogida.

Hoy, señores, se escribe un periódico, y me parece que lo que voy á decir podrán acaso confirmarlo algunos de los diputados presentes, porque tienen noticia inmediata, conocimiento muy próximo de la verdad de ello; hoy se escribe un periódico, y con arreglo á la ley se presenta el ejemplar firmado por el editor dos horas antes de que pueda circular al fiscal y juez de imprenta; y el fiscal halla que el número no puede correr, no debe correr, aun hoy mismo se dice así, no puede correr. Se avisa á la redacción, ó la redacción puede saber y cuida de averiguar cómo piensa el fiscal ó juez de imprenta; y enterados los que llevan ese cuidado en la redacción de la opinión del fiscal, de que es denunciado el número, convienen en que se decreta el secuestro; no corre el número, y al día siguiente aparece el periódico diciendo que ha sido denunciado, y el número queda como tal, pero sin más consecuencias que la de no haber corrido, sobreyéndose inmediatamente en las diligencias que para cubrir el expediente se habían iniciado.

¿Qué otra cosa es esto, señores, más que la recogida, y una recogida hipócrita, una recogida vergonzante? ¿Y ha de haber vergüenza en ejecutar la ley y en salvar la sociedad? ¿Y se quiere hacer esto precisamente por quedar bien con ciertas gentes, y porque se pueda decir que no hay previa recogida? Si la hay, señores, y cada día la habrá más. ¿Pues por qué agravais las penas? ¿Cuál es vuestro propósito? ¿Es por ventura el sentimiento cruel de echar muchas gentes á presidio? No: lo que os proponéis es que el miedo de la pena haga más forzosa la humillación del periodista á pedir esa recogida vergonzante á que me refiero, en lugar de exponerse al rigor del castigo y á la

supresión inmediata del periódico una vez encarecidos dos ó tres editores.

Y para esto, señores, se nos trae un proyecto de ley, un proyecto de ley que exagera la penalidad, y la exagera con inconsecuencia, y, permitame la comisión y el Gobierno decirlo así, con inconsecuencia jurídica tal, que ayer brotaba de los labios del presidente de la comisión, como había salido antes de los no menos autorizados del Sr. Posada Herrera! Para eso se nos trae un proyecto de ley por el cual se declara que el editor responsable de un periódico encausado, con auto de prisión y suspensión en el goce de los derechos políticos por este hecho, no puede continuar siendo tal editor, y que el periódico necesita otro en tales casos si y en tales casos no, como si la razón fuera una en un caso y otra en otro caso, y como si hoy ya existiera el pretexto ó la razón de circunstancias que en otro lugar se ha dado para mantener esa monstruosidad jurídica!

Esto que digo yo, no lo invento, no me ocurre á mí; no hago mas que tomarlo y repetirlo de un amigo muy querido, pero ausente de este sitio, y que en otro no menos augusto ha esforzado sus razones hasta el punto según creo de poner en todos los ánimos un completo convencimiento. ¿Qué se ha dicho allí para no admitir la enmienda que en el sentido de la igualdad jurídica se proponía? Que iba á suceder (esta es la única razón que se dió) que hubiese necesidad de una comisión mixta, porque en el Congreso no pasaría la ley si contenía esa igualdad, esa extensión jurídica de los efectos del auto de prisión para todos los casos á que debe tener aplicación idéntica. Pero ya, señores, ni aun esa razón os queda. Comisión mixta la vais á tener; el proyecto tal como le habeis presentado á la deliberación del Congreso no está conforme con lo aprobado en el Senado. Sed en esto consecuentes. No creais que lo propongo; ¿cómo si estoy censurando la tendencia de crueldad? No creais que lo propongo por crueldad y por exagerar los rigores de nuestro sistema. No; yo os lo propongo en honor de las personas entendidas en derecho que componen la comisión y el ministerio. Que no salga de aquí una ley que lleve en sí el germen de la injusticia. Que no aparezca como que ignoraban el derecho los que hicieron una ley como esta en las Cortes de España en 1866. Por lo demás, sin que yo adule á la prensa, porque no tengo por qué adularla, no me mueve el espíritu ni el deseo de que se ensanche el círculo de esas medidas restrictivas y penales que contiene nuestro proyecto de ley.

Yo quisiera presentar á la comisión en pocas palabras, por molestar al Congreso lo menos posible, la aplicación de la ley sencilla como antes era, complicada como lo es hoy; pero si la haré en la semejanza que recuerdo que en otra ocasión nuestro querido compañero, y asistente por cierto lastimosamente para nosotros, el Sr. Aparisi, cuando se trataba de este asunto en 1864. Yo quisiera presentar á la comisión, al Sr. Auriol por ejemplo, que ha sido juez y conoce todo este mecanismo, yo quisiera presentarle uno de esos editores, uno de esos hombres públicos, y los diré así por analogía con las mujeres del mismo apelativo, pues desde el momento en que veo que la ley les convierte en hombres que hacen merced de su cuerpo y se someten á las prisiones y á la dureza del castigo por un tanto de utilidad, temo que el vulgo se encargará de darles ese nombre: yo quisiera presentarle al Sr. Auriol á un editor en ámbos casos para que resulte el contraste.

Por la ley primitiva un editor que compareciera ante el Sr. Auriol, siendo S. S. fiscal de imprenta, le diría: «acabo de firmar el número que se ha traído á la inspección previa; yo le he firmado, como todos los demás, sin saber lo que contenía; pero un amigo de la redacción me ha informado de que ese número contiene un artículo en el cual se injuria gravemente á S. M. la Reina, porque reproduce alguno de tantos artículos como han pasado por desgracia delante de los ojos de la autoridad en estos últimos tiempos; yo sé esto, dice el editor, por la confianza de aquel amigo particular, el cual ha tenido, sin embargo de ser tan mi amigo y deseoso de mi bien, la imprudencia de decirme delante de mi mujer y de mi familia; se han enterado todos del peligro, y les dejo sumidos en el llanto y en la desolación, temiendo que yo iré dentro de poco al Saladero, y después adonde Dios quiera.» Siendo el Sr. Auriol juez ó fiscal de imprenta en la suposición que voy haciendo, con arreglo á la ley primitiva y de observancia originaria, ¿que haré, que le contestaré al esposo y padre afligido?

El Sr. Auriol tiene el placer, señores, el inefable é íntimo placer para su consuelo de decir á aquel editor: «retírate tranquilo á tu casa; el número no corre, yo lo detengo; llama al director, que contigo ya sé que no tengo que entenderme, y le advertiré que se denuncie ese número, y que si no quiere verse expuesto á los rigores de una denuncia, opte por la recogida; y como yo sé que la empresa no ha de tener el gusto de someterse á una denuncia y de causar una desgracia á una familia, te doy desde luego tranquilidad; vete á tu casa y consuela á tu familia, que ni á presidio ni al Saladero tendrás que ir.»

Pues si es juez ó fiscal de imprenta el Sr. Auriol con la ley tal como es hoy, y se le llega el editor en las mismas circunstancias y le expone su desgracia, y le refiere las angustias de su familia, el Sr. Auriol, tan inclinado á hacer bien, tan cariñoso, tan caritativo, tan bueno como todos los conocemos, le dirá: «Y á mí ¿qué me cuenta usted? Vaya Vd. á su casa y dentro de dos horas, ó antes, porque ya ha pasado algún tiempo, habrá salido el número á la calle; yo le habré denunciado y Vd. estará en la cárcel.» Esto si el Sr. Auriol cumple con su deber.

Puede sin embargo el Sr. Auriol templar su rigorismo y faltar á sus deberes burocráticos, en el buen sentido, de una manera que todo el mundo aplaudirá, y puede decirle al editor: «Si usted quiere libertarse de ese peligro, que es inminente, de ese peligro de que yo no le puedo á usted salvar, sálvese usted; vaya usted á casa del director y dígame usted que venga á recoger el periódico, que el número no correrá.» Esto es prácticamente lo que sucede de la una y de la otra manera: no hay que hacerse ilusiones y pintar las cosas de distinto modo, porque así tiene que ser, y así está siendo hoy.

Pues si alguno pregunta al señor ministro de la Gobernación cuántas causas y cuántos fallos se han dado en causas de imprenta, contestará: causas principadas, tantas; editores presos, tantos; número infinitamente, homeopáticamente menor. ¿Por qué? Porque ha ido sucediendo eso; unos periódicos antes de ser denunciados se han recogido á sí mismos; y otros después de denunciados se han convenido y han quedado libres de procedimiento, porque ha llegado el sobreseimiento tan oportunamente que no salió el periódico á la calle. Pues si esto es así, ¿por qué no hemos de decir las cosas como son y tratarlas como corresponde? Ganará la verdad y ganará también la dignidad de todos.

¿No es cierto, señores, que cuando haya mediado un pacto de esos entre el editor responsable y el fiscal ó el juez de imprenta; cuando haya salido el editor tranquilo para su casa en virtud de estas convenciones con el juez, el editor no va digno, ni lo queda tampoco el juez ó el fiscal? ¿No es verdad, por el contrario, que quedan dignos ámbos siendo posible la recogida en la previa inspección, diciendo el uno: yo entiendo que este artículo es denunciable, y voy á denunciar el número si sale; y diciendo el otro: pues no sale el periódico en vista de la opinión de Vd.?

Pues, señores, á esto se reduce la enmienda. A eso aspiramos; única y exclusivamente á eso; á que en lugar de medios indirectos, á que en lugar de composiciones de la naturaleza que yo he indicado, la ley quede para los periódicos en el sentido que estaba y en el que está para todos los demás escritos que no sean de periodistas, y á que sea aplicable con igualdad en su justicia.

Y para esto no hay que entrar en la discusión sobre sistemas preventivos y represivos, ni en todas esas cosas que se suelen traer aquí con esta ocasión; ¿por qué? Porque la ley es preventiva lo mismo antes que ahora, ó lo mismo ahora que antes. Porque la ley es preventiva, que por ser lo tanto, y ahora vuelvo á repetir una especie que he tocado antes, pero que la repito con gusto en obsequio de las personas de los señores ministros, que por ser tan preventiva, se exageran y agravan las penas, se exageran los procedimientos, y se sacan de los tribunales privilegiados de la imprenta, y se llevan á los ordinarios de cierta manera una ó otra clase de delitos; y todo, absolutamente todo en la reforma tiene una tendencia marcada á prevenir. ¿Cómo no la había de tener? Es imposible que en legisladores caritativos y cristianos, usará de esta palabra, es imposible que deje de haber esta tendencia, y la hubo siempre. Desde que hay leyes escritas está asentado el principio ó máxima de que es mejor prevenir que reprimir, de que es antes y mejor evitar el delito que imponer el castigo.

Esa máxima la consignó en nuestras leyes la sabiduría de un legislador español, del inmortal autor de las leyes de Partida. El mismo nos dejó la enseñanza de que la pena es justa, no sólo porque castiga al delincuente, sino porque percibe y escarmienta y aparta del delito á los demás. ¿Por qué pues no habremos de seguirla ahora y dictar para ello disposiciones que eviten el delito para no vernos en la dura necesidad de castigarle? Si vosotros establecis penas graves que asusten con el fin de prevenir y evitar que se cometa el delito. ¿dónde está la diferencia entre vuestro sistema y el nuestro? Unicamente en que nosotros queremos impedir el mal de una vez con el sistema preventivo, y vosotros queréis prevenir amenazando con la pena. El Sr. González Brabo formuló un proyecto de ley sobre imprenta, y el Sr. Posada Herrera se proponía presentar una enmienda preventiva, según nos ha declarado estos días. Pues bien: ya que este no es un sistema nuevo; sino que ha venido rigiendo por mucho tiempo, ¿por qué no lo hemos de seguir? No hagáis cuestión de amor propio de lo que debe ser amor fraternal. No porque hubiera aquí compromisos de uno ú otro género debemos dejar de adoptar lo que sea más conveniente, hoy que debemos ser más previsores que nunca.

Por lo mismo que la prensa ha llegado á ese estado que con tan negras tintas nos ha pintado el Sr. Posada Herrera, hoy más que nunca debemos acudir al remedio eficaz ya conocido, y evitar que llegue el caso de imponer castigos fuertes ó de que se desprecie la amenaza que con establecerlos en la ley pesará sobre los periódicos, evitando también esas otras composiciones y arreglos que á nadie honran, que nada favorecen.

A esto, señores, está reducido todo lo que tenía que manifestar en apoyo de la enmienda. Yo no me he propuesto, como dije al principio, pronunciar un discurso de oposición al Gobierno. Ya me han oído los señores ministros. Estoy no lejos de su camino, sólo que me parece más recto el que yo llevo. Me parece que va más derecho al fin, más pronto y más francamente.

Es lo regular que la desgracia que ha tenido la enmienda para con la comisión, la tenga igualmente para con el Gobierno, y que por tanto no sea admitida; sin embargo, nosotros habremos cumplido con nuestro deber, y la enmienda nos servirá de protesta; y si ha de ser desechada, consignaremos nuestro nombre en la votación que pediremos sobre ella. Los señores diputados verán si lo que nosotros proponemos no es más fácil, más llano, más conveniente que lo propuesto por el Gobierno y la comisión. Si no lo aceptan, nosotros habremos cumplido con nuestra conciencia viniendo á proponer la observancia en toda su pureza de la ley preventiva, como ella era, y evidentemente preferible á la que necesita tan duros castigos para reprimir ó para atemorizar y para ocasionar abusos siempre lamentables.

El Sr. ALVAREZ BUGALLAL: Pláceme tener la inmerecida honra de contestar al Sr. Herreros. El género de elocuencia de S. S. es el que más me agrada. Hace tiempo que deploro las justas parlamentarias; no condeno los movimientos dramáticos: digo como un ilustre orador: «siento que la elocuencia sea muchas veces culpable, pero cuanto más peca, ama más á esa bella pecadora.» Sin embargo, cuando veo hombres como el señor Herreros que analizan profundamente los proyectos, yo considero esto como un buen agüero para el sistema parlamentario. Yo acepto este mérito de discutir, y voy al que yo creo corazón de la cuestión.

Punto de vista capital de S. S. Se trata de pre-

venir grades delitos; entre vuestro sistema y el nuestro, hay la diferencia de que el nuestro es más seguro en los resultados y menos cruel. Esta es la afirmación; pero, ¿y los medios? Los que propone S. S. en su enmienda, ya ensayada, no son los que conducen á ese resultado.

S. S. convierte la recogida previa en inspección previa, y la obligación de recoger en simple amonestación. Pues bien; ni en la enmienda ni en la ley anterior existe la previa inspección ni la amonestación. En la enmienda se impone la obligación de recoger; si no se conforma el autor del escrito, tampoco se publica, y en último término decide el tribunal. Y bien; ¿es simple inspección, es simple amonestación aquella que, apurado el derecho de las partes, termina en un juicio solemne? No, señores.

¿Y en qué se diferencia esta recogida obligatoria de la antigua previa censura que la Constitución ha abolido? En dos cosas: que en vez de establecer ventajas en favor de la recogida, las establece en favor de la previa censura. La recogida es más dispiciosa; se ejecuta con más celeridad, y envuelve la monstruosidad de hacer posible la imposición de un castigo al que no ha delinquido.

¿Qué ha dicho sobre esto la Constitución del Estado? ¿Qué hicieron las Cortes que introdujeron en la ley de 1857 la reforma vigente? Se inclinaron ante la ley; se subordinaron al precepto constitucional.

Llamaré la atención que desde 1812 se diga en todas las Constituciones: libertad de imprenta sin previa censura; y que, sin embargo, desde 1857 haya una especie de previa censura indirecta en todas las leyes. Nuestra revolución política se hizo en 1857, por una ilustre minoia de la nación: la nación tenía un vago sentimiento de libertad; quería poner coto á los escándalos del reinado anterior; pero las fórmulas de los legisladores de Cádiz no estaban en consonancia con las ideas del pueblo. En España teníamos previa censura hacia tres siglos, y de repente quisimos venir á la libre expansión del pensamiento. ¿Y qué sucedió? Que se cometieron grandes delitos: la libertad dejada á sí propia, hubo de entregarse á las que algunos llamaron expansiones, pero que la sociedad estimó como delitos; y de aquí que cada nueva ley de imprenta trajese nuevas categorías penales.

Entre el encargado de defender la sociedad y el escritor se establece una lucha, y á medida que el escritor encuentra fórmulas para expresar su pensamiento sin incurrir en la sanción positiva de la ley, nace una nueva categoría de delitos, que viene en la ley inmediata.

Debe respetarse la libertad en aquello que es fecunda. La perfección de la libertad está en delinquir menos, en errar las menos veces posible. Los, pues, de ser un atentado á la libertad esas categorías penales con que se van enriqueciendo las leyes de imprenta en la sucesión de los tiempos, son el medio de formar el pensamiento, y de que adquiere la madurez necesaria para poderse producir en la sociedad sin ocasionar perturbaciones.

El Sr. Herreros propende al que al parecer es menos cruel. S. S. no quiere el imperio de las leyes represivas que preparan la consolidación de la libertad. Mientras el escritor pueda escudar su responsabilidad en el Gobierno y sus agentes, no tiene aquel esmero que procura tener cuando sabe que le esperan la pena y la reprobación pública. Es menester, ya que después del sistema de la previa censura hemos pasado por la previa recogida, que entremos abiertamente en la obediencia del principio constitucional, y que preparemos con leyes represivas como la presente y las que aun vendrán en lo sucesivo, la consolidación definitiva de la libertad.

El Sr. Herreros reprodujo la discusión de 1864. Yo podría decir á S. S. que no se trata de reformar la ley de 1857, sino de unas cuantas disposiciones adicionales en el espíritu de la reforma de 1864.

En el estado actual, ¿responde á algo, es solución de algo este proyecto? A las comparaciones entre el libro y el periódico se puede contestar victoriosamente; pero no es esta la ocasión. Tratamos de una reforma parcial; tratamos de responder á una necesidad del momento, y nada tenemos que ver con lo que no sea prensa periódica. Dada cierta situación de los ánimos, dados determinados sucesos, ¿qué sistema sería mejor, el preventivo ó el que envuelve este proyecto? Esta es la cuestión.

Cuando el escritor incurre en un exceso, de buena fé, y ataca á uno de esos altísimos objetos que pretende amparar la enmienda, el sistema de la recogida es irremplazable, pues la recogida es un sistema paternal que supone escritores muy dóciles y autoridades inteligentes y bienhechoras.

Yo creo que las inspiraciones de la autoridad son generalmente buenas; pero cuando no es un extravío accidental el del escritor, sino que hay sistema de saltar por ciertos respetos, la recogida es lo más inútil. El escritor se fija en los términos de la ley, y dice: ¿cuál es el último límite de mi derecho? ¿El tribunal? Pues bien; el escritor establece entre su artículo y el periódico verbal, el periódico que elabora una relación fácil de establecer, velada por otra parte lo bastante para eludir los términos concretos de la ley, y el tribunal, que no tiene para condenar el comentario del público, el grito de la conciencia pública, absolverá seguramente.

Dice la autoridad: «no circula eso,» y dice el escritor: «opto por la denuncia;» y entonces se da el espectáculo que ya se ha dado, y que es necesario evitar, siendo esto solo lo suficiente para defender la ley. Supongamos, por ejemplo, que hay una secta religiosa que quiere extender las ideas de la conveniencia de establecer uno ó más cultos protestantes en nuestra nación, ó un partido que quiere variar nuestro sistema constitucional. Por más que al escritor que acomete esta empresa se le recojan sus escritos, al fin llega á entenderse con el público por medio de insinuaciones más ó menos claras: si estas se denuncian, entonces el tribunal llamado á juzgar sobre ellas tiene que hacer una de dos cosas: ó condenar al escritor por un artículo que no ha publicado, ó absolverle; y en este caso el artículo puede ya circular, y dando al escritor un triunfo inculcable sobre la autoridad. No puede, pues, tener eficacia la reco-

gida, y es mucho más conveniente que ella, que el escritor tenga toda la responsabilidad de lo que escribe, sin compartirla con los tribunales ni con los representantes del Gobierno. Es menester, por consiguiente, entrar en el sistema de responsabilidad completa del escritor, y abolir el de la minoría y la tutela perpétuas.

El Sr. HERREROS: El Sr. Bugallal dice que el sistema de la recogida es eficaz, y que S. S. lo ha visto por experiencia. Yo puedo contestar á su señoría con las palabras del autor de la ley en que la recogida se consigna, que ha dicho que nunca se había puesto en práctica bajo el criterio que le sirvió de base.

S. S. dice que nosotros proponemos aquí ciertas cosas. No, Sr. Bugallal, nosotros no proponemos nada nuevo; lo que queremos es que se adopte que todas las publicaciones estén sometidas á las mismas disposiciones de la ley. Si la previa censura es insostenible para el periódico, no la propongas para el libro, la revista, la novela, etc.

S. S. dice que la recogida es á veces ineficaz; yo no niego que tenga sus defectos; pero los mismos ó más tiene el secuestro, y de todos modos, siempre vendremos á parar á que el sistema será el mismo, por más que sean distintos los caminos porque se marche.

Leída de nuevo la enmienda, y puesta á votación, pidieron algunos señores diputados que esta fuera nominal: se verificó así, resultando no tomada en consideración por 150 votos contra 24.

Los señores que dijeron si fueron los siguientes: Conde de Xiquena.—Reina.—Cardenal.—Ororio.—Catalina.—Concha Castañeda.—Silva.—Coronado.—Conde del Retamoso.—Ribó.—Caballero.—Gutiérrez.—Belda.—Tejedo.—Conde de Heredia Spínola.—Herreros.—Nocedal.—Cláros.—Navarro Villoslada.—Sanchez Asso.—Villanova.

Total, 24. Leído en seguida el art. 4.º de la ley.

El Sr. Perez de Molina habló en contra, contestándole el Sr. Uhagon.

Suspendida esta discusión, dijo

El Sr. CLAROS: Voy á tener el honor de presentar al Congreso una exposición del eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Burgos, que pide que en atención á la importancia de la persona que la firma, se lea por un señor secretario.

(Se leyó.)

Quedó sobre la mesa el dictamen de la comisión sobre pension á D. Tomás Valdivieso.

Pasó á la comisión que entiende en el proyecto de Banco nacional español, una exposición del de Barcelona; y á la de presupuestos una comunicación del Gobierno pidiendo un crédito supletorio para Gracia y Justicia.

El señor VICEPRESIDENTE (Ardanaz). Orden del día para mañana: Peticiones, el dictamen que ha quedado sobre la mesa, y el debate pendiente.

Se levanta la sesión.

Eran las seis y media.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Tiburcio y San Valeriano mártires.

SANTOS DE MAÑANA. Santa Basilisa y Santa Anastasia mártires.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de monjas mercenarias de D. Juan de Alarcon, donde continúa la novena que anualmente se consagra á la gloriosa Beata María Ana de Jesús: á las diez será la Misa mayor, en la que predicará don Isidro de la Fuente, y por la tarde á las cuatro y media se rezará la estación, rosario y novena, después se cantarán completas, terminando con los gozos, Letania, Regina Celi y reserva.

En las parroquias, San Isidro y Capilla Real habrá Misa mayor, y en las monjas Carboneras se celebrará á las nueve función á Nuestra Señora de los Dolores, predicando en la Misa mayor D. Basilio Sanchez Grande.

La asociación de Nuestra Señora de la Gracia, celebra en la iglesia de San Ignacio, un triduo de funciones á su excelsa Titular; á las diez será la Misa mayor en la que predicará D. Vicente Lopez de Lereña, y concluida se cantará Nona. Por la tarde á las cinco y media después del rosario seguirá el sermón que predicará D. Nemesio Lasagabaster, después los gozos, y la reserva de su Divina Magestad que estará todo el día de manifiesto.

En la iglesia de San Antonio del Prado continúa la novena que anualmente se consagra á la Divina Pastora; á las diez habrá Misa mayor con sermón que predicará D. Mariano Gilarranz; por la tarde en los ejercicios que comenzarán á las cuatro y media, dirá el sermón D. Basilio Sanchez Grande.

En la iglesia de Monserrat continúa la solemne novena que anualmente se consagra al Patriarca San José por su congregación: á las diez será la Misa mayor en la que predicará D. Gregorio de Diego y por la tarde á las cinco y media se manifestará á su Divina Magestad, se rezará la estación, rosario, sermón que predicará don Gregorio Montes.

Finaliza la novena de Nuestra Señora de la Esperanza en la parroquia de Santiago, y predicará en la Misa solemne el Sr. Sanchez Grande y por la tarde en los ejercicios el P. José Joaquín Montalban.

Por la tarde habrá ejercicios con sermón que predicarán: en el Carmen Calzado, D. Pedro Alvarez, en los Servitas, D. Modesto Rodriguez, y en las Calatravas en la novena de San Francisco de Paula, D. Castor Compañia.

En el oratorio del Olivar predicará por la noche D. Victoriano Medrano.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora del Tránsito en el Carmen Calzado, ó en San Cayetano, ó la de la Asunción en San Justo.

Se reza de la presente Dominica con rito semidoble y color blanco.

SANTOS DEL LÚNES.

Santo Toribio, Obispo de Liebana y Santa Eulalia.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la igle-

sia de monjas de D. Juan de Alarcon, donde continúa la novena de la beata María Ana de Jesús, á las diez será la Misa mayor con sermón que predicará D. Juan Garcia Perez, y por la tarde completas y reserva.

Continúan celebrándose las novenas de la Divina Pastora en Capuchinos, la de San José en Monserrat y la de San Francisco de Paula en las Calatravas.

En la capilla del Santísimo Cristo de la Salud estará su Divina Magestad espuesto, por la mañana de diez á doce y por la noche de siete á nueve en obsequio de su divino Titular.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora del Carmen en San José, ó en el Carmen Calzado.

REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 15 de Abril de 1866.

HORAS.	Barómetro reducido á 0° en milímetros.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	Estado del cielo.
		Ream.	Centig.		
6 m.	707,55	8,1	10,4	N.	Nubes.
9 m.	707,68	13,4	16,3	N.	Celajes.
12 m.	707,28	17,4	21,7	N.N.E.	Idem.
5 t.	707,59	16,1	20,1	S.S.E.	Cubierto.
6 t.	706,56	14,6	18,5	S.	Idem.
9 n.	707,61	12,5	15,6	O.	Nubes.

Temperatura máxima del día. 18,8 25,5
Temperatura mínima al sol. 25,8 32,2
Temperatura mínima del día. 7,4 8,9

Evaporación en las 24 horas. 5,1 milímetros.
Lluvia en id., id. 0,0 id.

DIRECCION GENERAL DE TELEGRAFOS.

Segun los partes recibidos, ayer ha llovido en Cuenca, Huesca, Lugo y Salamanca.

MERCADOS.

Entrada por las puertas en el día de ayer.

6,076 arrobas de trigo.
1,479 idem de harina.
9,158 idem de carbon.

110 vacas, que componen 51,595 libras de peso.
526 carneros, que hacen 7,709 libras de peso.

283 corderos que hacen 7,602 libras de peso.

Precios de artículos al por mayor y menor.

Carne de vaca, de 5,200 escudos arroba y de 0-256 á 0-260 libra.

Idem de carnero, 0-260 á 0,506 escudos libra.

Idem de cordero, de 0,506 á 0,550 escudos libra.

Idem de ternera, de 9 á 9-800 escudos arroba, y de 0-500 á 0-600 libra.

Tocino añejo, de 9 á 9-400 escudos arroba, y de 0-400 á 0-450 libra.

Idem fresco, á 0-550 escudos libra.

Jamon, de 12-400 á 15-400 escudos arroba, y de 0-600 á 0-700 libra.

Aceto, de 6-500 á 6-900 escudos arroba, y de 0-256 á 0-260 libra.

Vino, de 4 á 4-600 escudos arroba, y de 0-118 á 0-160 cuartillo.

Garbanos, de 4-400 á 6-600 escudos arroba, y de 0-190 á 0-284 libra.

Arroz, de 5 á 5-800 escudos arroba, y de 0-418 á 0-460 libra.

Lentejas, de 1-900 á 2-500 escudos arroba, y de 0-096 á 0-118 libra.

Carbon, de 0-750 á 0-800 escudos arroba.

Jabon, de 6-500 á 6-700 escudos arroba, y de 0-256 á 0-260 libra.

Patatas, de 0-650 á 0-750 escudos arroba, y de 0-050 á 0-042 libra.

Precios de granos en el mercado.

Cebada, de 2-250 á 2,500 escudos fanega.

Trigo vendido, 2,657 fanegas.

Precio medio 4,523 escudos id.

BOLSA DE MADRID.

Cotización del 15 de Abril de 1866, á las tres de la tarde.

FONDOS PÚBLICOS.

Títulos del 5 por 100 consolidado, publicado, 59-95 80, 85, 80, 75, 60 y 65; no publicado, 59-50 p.; á plazo, 59-40, 15, 40-00, 59-90, 80 y 75 fin cor. vol.

Idem del 5 por 100 diferido publicado, 56-60 y 40; á plazo, 56-50 40 y fin cor. vol.

Deuda amortizable de primera clase, publicado, 00-00 d.

Idem de segunda, publicado, 00-00.

Idem del personal, no publicado, 22-10. á plazo, 22-50 fin cor. vol.

Obligaciones municipales al portador, de 4, 1,000 reales, id., 68-00.

Billetes hipotecarios del Banco de España, publicado, 90-25.

Acciones de carreteras generales, 6 por 100 anual, emisión de 1.º de Abril de 1850, de 4, 4,000 reales, no publicado, 80-00 d.

Idem de 2,000 rs., 82-50 d.

Idem 1.º de Junio de 1851, de 2,000 rs., idem 87-00 d.

Idem 51 de Agosto de 1852, de 2,000 rs. publicado, 82-50 d.

Acciones del canal de Isabel II, de 1,000 rs. 6 por 100 anual, primera emisión, id., 105-00 d.

Acciones del canal de Isabel II, segunda emisión, no publicado, 106-00.

Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-cariles, publicado, 75-00, no publicado 72-90 p.

Acciones del Banco de España, no publicado 416 d.

CAMBIOS.

Londres, á 90 días fecha, 48-65.

París, á 8 días vista, 5-05.